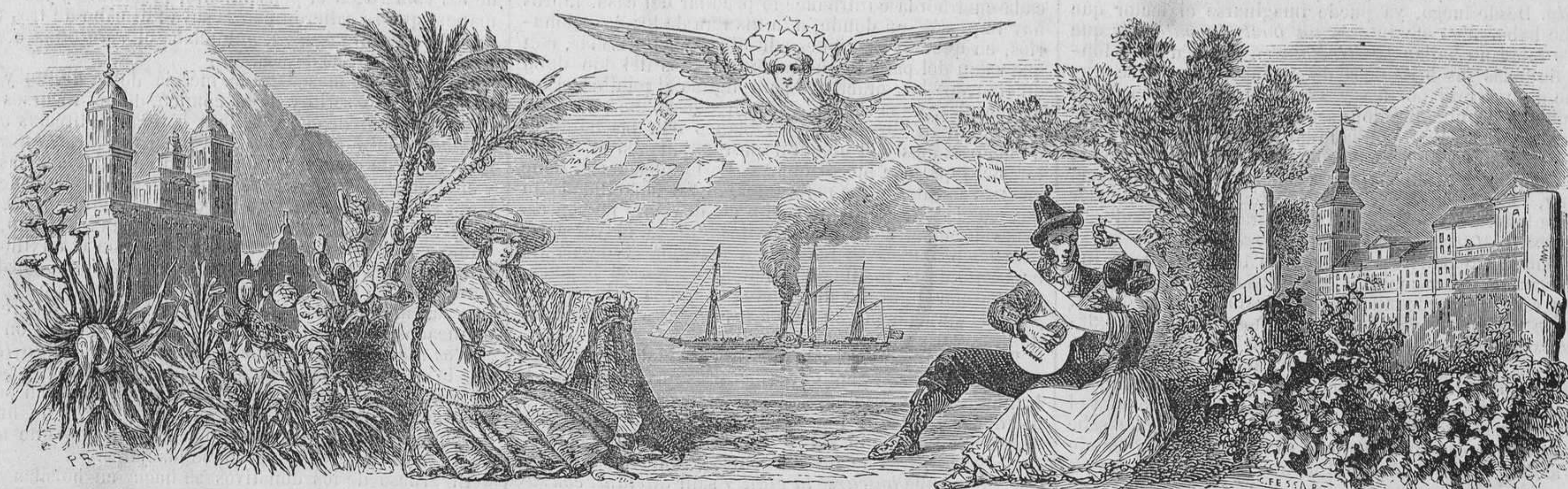


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 913.

SUMARIO.

Bellas Artes: «Somnolencia,» estatua por M. F. Leroux; grabado. — Usos y costumbres de Londres. — El serrallo del bajá. — Un entierro en Venecia (1868): grabado. — Una vista de Castel Gandolfo; grabado. — Revista de París. — Poesías. — El incendio de Constantinopla en 5 de junio de 1870; grabados. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — El juego clandestino en París; grabado. — Escenas de la vida inglesa: El Obrero. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las termas de Pierrefonds; grabado.

Bellas Artes.

«SOMNOLENCIA,» ESTATUA POR M. F. LEROUX.

La bella estatua que reproducimos en la primera página de este número, figuró en modelo de yeso en la Exposición de 1867, y este año ha vuelto enriquecida con todas las seducciones del mármol. Sin embargo, no diremos que haya ganado mucho en esta transformación. Parece que el artista la ha retocado con exceso: las formas están más redondeadas y se nota este trabajo.

De todos modos es siempre una obra muy notable, compuesta y ejecutada con una gracia extraordinaria.

A. DE L.

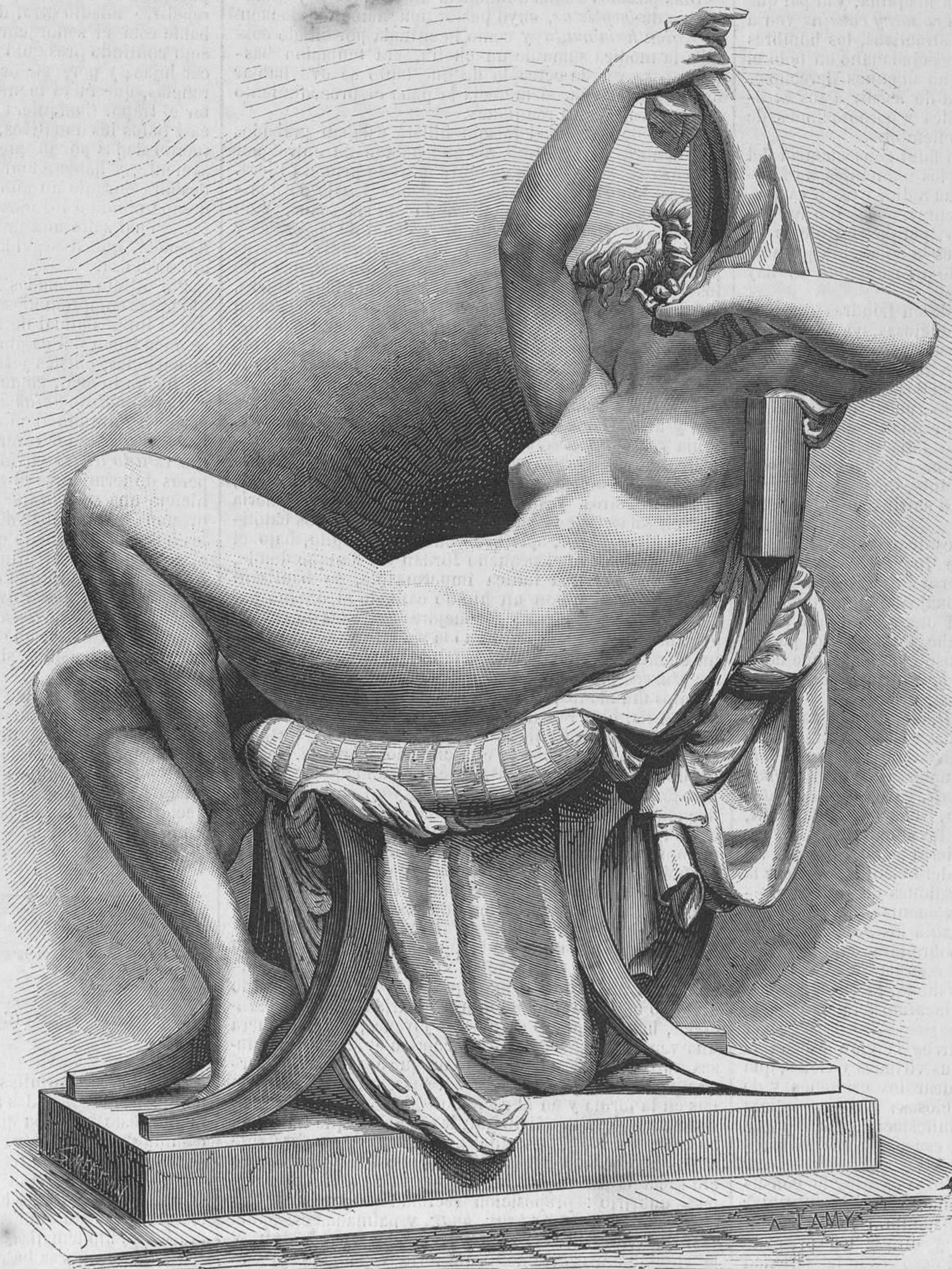
Usos y costumbres

DE LONDRES.

(Véase el N° 912.)

II.

No siempre la moda es caprichosa. Sabido es que cada corte tiene su estación de *feria de vanidad*, en que las gentes se revuelven y agitan con desusado entusiasmo, y para ello se reparten el año, cuidando de que estas *fiestas fijas* de la aristocracia y el lujo no se hagan en la guerra y entorpezcan mutuamente, para no echar á perder el mercado, y para que el *batallón volante*, los *touristes*, ó, como diríamos, las *mesillas de turrón* que en todas partes se hallan, puedan hacer su aparición oportunamente. Inglaterra, ó, mejor dicho, Londres, con su gran sentido práctico, su candidez *ramploña* y su manera de hacer las cosas á *la pata la llana*, se ha escogido la parte del león y apropiado los dos meses más *cogolludos* del año; por lo cual está harto de sufrir reconvenções, epigramas y censuras de las personas de buen gusto, á *la inglesa*, es decir, de esa raza imparcial, qui jotesca, que rigurosamente quiere seguir el orden de la naturaleza, y tomar el sol cuando calienta y el aire cuando sopla. Bueno es, se dicen estos *filósofos*, que, condenados á la inelencuencia del tiempo y á la dureza del trabajo durante el aterido é implacable invierno, y puestos al humo, á guisa de arenques ó chorizos, hayan todos de confluír, en los meses de mayo y junio, á festejar la *season* en este vasto taller ennegrecido de Vulcano, cuando las flores y las aves de concierto nos lla-



BELLAS ARTES. — Somnolencia, estatua por M. F. Leroux.

man á gozar de los verdes prados y espesos bosques. Bien seguro es que el general instinto y el amor á los rústicos placeres es una gran fuerza centrífuga en la primavera en todos los pueblos civilizados; y el buscar á Londres en el florido mayo, parece, á primera vista, aberración, locura manifiesta ó inexplicable capricho de la moda.

Sin embargo, en este punto, lejos de ser esa dama caprichosa y voltaria, frisa con los límites de la *transcendental* filosofía y lo que se llama *razon de Estado*. Desde luego, ya puede imaginarse el lector que debe haber algo de interés *au bout du baton*, y que raro fuera no hallar *positivismo* en la médula y fondo de todas las británicas determinaciones. Si se tratase de una raza poética y soñadora, de una sociedad pequeña, de organización sencilla y trasparente, ó de un pueblo perezoso, confiado en la buena ventura ó en la intervención de agentes sobrenaturales, no hay duda que al primer cantar del cuco echaría mano á la zampoña, y cual nuevo enamorado *Salicio*, se iría á tender sobre las frescas orillas de murmurantes arroyuelos, ó *recuestar Marcelas* de su nueva *Arcadia*.

Y no son tentadores que digamos los campos de Inglaterra, do quier cuajados de extensos parques, bellísimos vergeles y encantadoras poblaciones de *cottages*, á que conducen excelentes caminos; pero el inglés *knows better* sabe que hay mucho en que entender, mucho que *remendar* y recomponer en la gran maquinaria complicadísima de su sociedad, y que si no aprovecha esta *resurrección* de la naturaleza, que alegra el alma y vigoriza el cuerpo, *tout est perdu*. Nadie sabe de lo que es capaz el isleño en el mes de mayo, cuando se le descorre el telón en el teatro de la naturaleza y ve cielo y azul, aun cuando *sea mentira* belleza tanta, y siente el sol, y percibe el aroma de las flores. Pasado este período de *gestación* natural y *hominal*, porque es la época por excelencia de concebir proyectos, acometer empresas y arrimar el hombro, las fuerzas decaen, el espíritu vuelve á su nivel normal y casi basta apenas la remanente energía para llevar acuestas el peso ordinario de la vida.

La estación, pues, fijada en mayo y junio combina todos los intereses, hace andar la máquina, y al par que las jóvenes de los condados y los *country cousins* ven á Londres en la plenitud de sus atractivos, los hombres maduros, los padres de familia, el ciudadano en todo el pleno uso de sus *obligaciones* (no digamos derechos), cobran fuerzas para la gran tarea de asistir á los *meetings* de las *mil y una* sociedades y corporaciones de que tienen la alta honra de ser miembros.

Estas reuniones periódicas son fatal consecuencia del aislamiento en que constituye á los habitantes de Londres la dilatación portentosa de su radio, y claro es que, como no pueden fácilmente repetirse, pocos son los llamamientos que lleven carpetazo, porque, en efecto, el inglés conoce que la asociación es la condición primera de su existencia, y que sin este instrumento no hay obra que se lleve á cabo.

Las sociedades públicas que solo en Londres existen, ya benéficas, ya artísticas, ya religiosas, ya industriales, sin contar las puramente especulativas, pasan de dos mil; y si á estas se agregan los clubs, los centros de *sportsmen* y otras varias especiales, no cabrán en el tamaño de la *Guía* de España. Es, pues, necesario que una vez al año, por lo menos, se reúnan y conozcan los miembros dispersos, y cierto que sería mal dispuesto y peor pensado venirse con citas á domicilio para un día de invierno, en que de veinte, diez y nueve probabilidades están por exponerse á sufrir todas las plagas que á estas islas acosan.

De convocarse, pues, en el mes de mayo, toman estas reuniones el nombre genérico de *May-meetings*, y hombre hay que si quiere desvanecerse á bocanadas de orgullo, y figurarse que es personaje de importancia y rueda indispensable en el social organismo, con razón lo puede hacer, viéndose de noche y día rogado, perseguido, requerido, solicitado y suspirado para que concurra á dar su voz, su voto y su *bolsa* para cosas que no pueden marchar sin su *interesante* presencia.

Y es de ver al pobre *Jhon Bull*, á quien su mujer é hijas fuerzan á salir de sus casillas rústicas en estos dos meses, tomar casa *amueblada* en Londres, alquilar coche *privado*, presentarse de mañana en el *Royal Academy*, recorrer luego el *Pall Mall*, rodear la *Serpentine*, galopar por el *Roten Row*, visitar á *Sydenham*, asistir á *Coven-Garden* y todos los conciertos del *West End*, que menudean como granizos; y tras esto, por vía de descanso del cuerpo y alivio del bolsillo, corretear la *city* y llenar los bancos de los salones de juntas, pronunciando discursos, aprobando cuentas, haciendo repasos ó dando *votos de confianza* á los *honorables* directores. Pues todo esto lo sobrelleva con una paciencia *camozizable* y con la energía de un *varon fuerte*, porque como ya se ha dicho, la primavera le entusiasma, el sol le inflama y la atmósfera diáfana le enloquece.

Mayo, no hay que dudar, ofrece la gran escena de la vida social inglesa en todas sus virtudes y vicios, que también es la época de menudear los crímenes y de atropellarse los incendios maliciosos; y el que quiera ver este pueblo en todas sus manifestaciones, no puede escoger estación mas apropiada, especialmente para los *meetings* de toda especie, que forma un *modo de ser* del pueblo inglés. El arte, ¿qué digo el arte? la consumada ciencia que tiene el isleño en esto de inventar asociaciones, formar estatutos, nombrar juntas, abrir sesiones, pronunciar discursos y dirigir los procedimientos con estilo adecuado al caso y cierta seriedad

cómica inimitable, cierto *humor*, como aquí se dice, no conoce rival en raza alguna. Palmerston era grande hombre de salir airoso en estas cosas; mas para mí tengo que hay *Palmerstones* de sobra en esta tierra, *minus* la fama que el *lord* alcanzó por su posición eminentísima.

Por de contado, que en la mayoría de estos *May-meetings*, los discursos tienen mucho aire de familia, y, como los brindis en los banquetes, tienen su molde ó plantilla ya aparejadas, que es el *canevas* donde luego cada cual borda é introduce lo peculiar del caso. Libros hay impresos, en donde, á la manera de los devocionarios, en que hay oraciones admitidas y autorizadas, con que salen del paso los fieles desprovistos del don de la oración, así hay oraciones para dirigirse al público, á los comensales, á los socios, á los directores, etc., etc., sin mas que llenar los huecos en blanco con los nombres de las personas y el objeto de la reunión. Así es que el forastero que oye por primera vez estos discursos, tiene en gran opinión á los perorantes, al ver la facilidad con que salen de los aprietos, y si á mano viene, no son capaces de poner dos ideas, una tras otra. La mayor parte de estos discursos se reducen á exponer el desarrollo *creciente* de la institución, felicitarse por el balance, congratularse por los dividendos cobrados ó invertidos y dar las gracias por su celo á los gerentes ó individuos de la mesa.

Pero hay otros *meetings* de diversa índole, en que los manifestantes son gente avezada al uso de la palabra y brillan por una originalidad espontánea, que seduce y asombra, y por una ingenuidad, hija exclusiva de este social temperamento. Entre los tales, descuellan los pastores y ministros de los diferentes y numerosos cultos que tienen que *buscarse la vida* y salir *adelante con sus faroles*. Parecerá extraño, por ejemplo, en otras partes, que un cura anuncie en letras de molde á la puerta de su iglesia que tal día *va á dar un té*; pero aquí los *tea-meetings*, que así se llaman, son muy frecuentes, y se dividen en dos partes: el *té*, que le toman los fieles en su casa, y el *meeting*, que luego tiene lugar sin ceremonias, en la iglesia misma; pero estas dos *partes* forman un *todo* verdadero, que es sacar dinero.

Días pasados estaba anunciado un *tea-meeting* en una iglesia de *baptistas*, cuyo pastor tiene fama de elocuente y *bien humorado*, y como la entrada por billete costaba la módica suma de un chelín, era tentación bastante para ver de cerca lo de que tanto se oye hablar de lejos, y reseñar si merecía la pena el procedimiento de estas especiales reuniones.

Por lo demás, en el mismo billete estaban grabados los nombres de los ministros que habían de entretener á la Asamblea, y los había entre ellos de primera tijera. El *té* se tomó en el espacioso local que debajo del templo sirve de escuela de niños de ambos sexos, y en cuanto á la calidad, servicio, disposición de las mesas y accesorios de bizcochos, berros y mantequilla, bien se pudieron enviar plácemes á la *señora párroca*, que hizo los honores. Las niñas, de que había grande número, *gozaron de su té* grandemente, y su gozo se reflejaba en las facciones del solfiteo y agradable cura, que para todos tenía una frase lisonjera y cariñosa; concluyendo esta primera parte con mostrar á todos los concurrentes, mediante el *cum quibus* de medio penique, un album en que estaba la fotografía de la fachada de la iglesia, y los retratos en *cartes de visite* del pastor, su familia y sus *supporters* ó colegas de aquella tarde.

Hecho esto, anunció que la reunión se trasladaba á la iglesia, y en efecto, los fieles se sentaron en sus bancos, y seis ministros, vestidos de frac, ocuparon la galería que en esta clase de templos se ve donde en los católicos el altar mayor, que hace oficio de púlpito, bajo el cual se construye el pequeño *Jordan* ó estanque donde, cubiertos con una túnica impermeable, se bautizan. Abrióse la sesión con un himno cantado al órgano por seis señoritas, escogidas por mejores entre las de voz argentina, y acto continuo tomó la palabra M..., contando un cuento semi-místico de la familia de los de la *Leyenda Aurea*, para demostrar que aunque iban á tratar de asuntos mundanos, *allí estaba Dios*; cuento que, entre paréntesis, hizo reír de buena gana, y puso al concurso en el temple conveniente que era de desear. Después subió ó salió á la tribuna el secretario y leyó la Memoria de los trabajos hechos, dinero recaudado de limosnas, fondos invertidos en la escuela y en obras de beneficencia, balance existente en caja y deuda que satisfacer á los prestamistas que adelantaron el metálico para la construcción del templo. Dicho templo, efectivamente, fué construido hace seis años por algunos amigos del cura, joven que se distinguía por la facilidad de su palabra; y hallando tan buena disposición no quisieron desperdiciar la coyuntura de buscarle un *avío* levantándole á interés de unos banqueros hasta la suma de seis mil libras, ó sean treinta mil duros. Por de contado, que era para oír mas que para reseñar el estilo artístico con que supo adornar esta árida materia *financiera*, hasta el punto de que las jóvenes, como si fuera una verdadera *clacque*, ensordeciesen el aire con aplausos nutridísimos, y tengo para mí que espontáneos, porque para hacer justicia, el señor secretario hizo maravillas en la forma y en el recitado.

Resultó (y ya lo adivinarán los lectores) que había un enorme *déficit*, á pesar del número y fervor creciente de los *baptistas*, y el alma del negocio de aquel *meeting* era sacar *á pulso* y á pura maña el capital necesario para cubrirlo: proposición recibida entonces por la *clacque* con gritos de *hear, hear*, y palmadas estrepitosas. Quien entonces echara una ojeada por el templo, y le viese comparativamente desierto y poblado de sir-

vientes, algunos industriales y tenderos, y lo restante en su mayoría de costureras, *governesses* ó *institutrices*, gente toda de humilde estado y modesto porte (puesto que las damas aristocráticas se *reservan* para bostezar los domingos durante el sermón), cierto que tendría por locos á los que de tan humildes ramas pensaban exprimir y sacar nada menos que *tres mil duros al contado*. No obstante, tanto ingenio pusieron á contribución, tal arte se dieron los oradores, con tal tino movieron los resortes, y se captaron la voluntad á fuerza de *vis cómica* en el pensamiento, la palabra y los ademanes, que se salieron con la suya: al cabo de tres horas de incesante *briega*, anunciaba el *relator* la coronación feliz de sus deseos.

Jamás se vió mas extraña mezcla de lo divino y lo profano, de lo serio y de lo cómico, de los recursos de oratoria mas delicados y felices con las indirectas mas *desnudas* del *Padre Cobos*. La literatura *meetinguesca* llegó allí á la cima de la perfección en todas sus fases, y si tanta gala en el decir, tanto ingenio en convencer, tanta *chispa* en *camelar* á los oyentes y tanto *gitanismo fino* en asediar y exprimir la bolsa del prójimo, se hubiera perpetuado en letra de molde, con el auxilio de la taquigrafía, tendríamos una nueva *divina* comedia, sin encubrir lo humano, capaz de sostener competencia con las mas felices obras de Quevedo y de Moliere, y delineados los caracteres y las formas de una sesión de *santos Monipodios* y *devotos Rinconetes* y *Cortadillos*. Por lo menos, considerando que el carácter inglés peca de serio, y que no es cosa de risa ver la bolsa en peligro, puedo asegurar que, durante tres horas, no hubo solución de continuidad en las carcajadas, y que mas de una vez fué preciso apretarse los ijares.

El grueso de los donativos se hacia en bolsitas que vaciaba el contador sobre la mesa, al pié del púlpito, y la mayoría fué entregada por el bello sexo. El receptor publicaba el nombre del ó de la donante, y segun la importancia de la suma, así eran los aplausos del comité y las observaciones graciosas y oportunas que hacían desde el púlpito los padres colegas.

En una ocasión se contaron hasta 65 libras esterlinas, entregadas por una niña como de catorce años, y después de decirle el cura: « Dios te conserve la salud para repetir, » añadió otro, dirigiéndose al público: « No en balde está el señor cura enamorado de su mamá; » y acto continuo prosiguió otro: « Eso sí que es saber educar hijas; y por este orden llovian los chistes y ocurrencias, que fuera menester ser de mármol para no soltar el trapo. Cualquiera pudo observar, no obstante, que casi todos los donativos, variantes de 500 á 4,000 reales, fueron dados por jóvenes que ganaban su vida trabajosamente, y habían tenido que ahorrárselo harbando á deshora durante un año consecutivamente. No pasó esto desapercibido á los ojos de uno de los padres de la mesa, el cual soltó una indirecta á los caballeros, tan bien flechada, que á seguida se levantaron tres y vaciaron allí su bolsa.

Por último, agotadas las fuerzas, acudieron á que si quiera se comprometiesen algunos de los presentes á pagar el interés anual de 2,000 libras esterlinas, que aun se adeudaban del capital de fundación; y entre cuentos, apelaciones, chistes y trazas, lograron también su objeto, hecho lo cual, comenzaron graciosas arengas de *mútua acción de gracias* entre los actores y el público, en las que, mirando al montón de oro nuevo y reluciente, observó un orador reverendo que, en efecto, « *Dios había estado allí*. » Olvidábase apuntar que ya en vísperas de terminarse el *meeting*, propuso uno de ellos se hiciera una *colecta* de *plata menuda* (esta fué su expresión), para acabar de una vez con lo que quedaba en los bolsillos; de modo que, si se recuerda que el mirar el *album* costó al principio medio penique, puede el lector estar seguro que *arramplaron* con el oro, la plata y el cobre, y se volvieron los fieles á sus casas con *cueros* en lugar de *bolsas*. Ocasiones hubo en que tanto apretaban el mazo, que yo creí que á viva fuerza iban á registrar los bolsillos, sin valerle á uno *ser de otra parroquia*.

En resolución, quien no ha presenciado uno de estos *meetings*, no sabe lo que es cosa buena, pues arte y gracia y travesura se necesita para *pelar* de ese modo á un auditorio, y hacerle que salga satisfecho.

Después volviéronse á entonar himnos con mayor energía, y dicha una breve oración por el párroco, se declaró terminado el *meeting*, y cada cual tomó el camino á sus hogares.

El serrallo del bajá.

(Continuacion.)

Cuando las marmitas estaban volcadas, tiradas fuera del cuartel ó colocadas al través del camino del campamento, esto indicaba que aquellos señores deseaban un cambio de ministerio ó mas bien, una especie de estrangulación de dinastía.

En aquella situación crítica, no perdió Mahamud su serenidad; acudió desde luego al espantajo ordinario de los pueblos sublevados, á la religión, y mandó á un muftí que anatematizase á los rebeldes. Mas, segun parece, los genizaros habían estudiado la filosofía del si-

glo XVIII, porque se mofaron del estandarte del profeta.

Mahamud, puesto en el último apuro, se dirigió resueltamente, y en compañía de Husein, á los cuarteles del At-Meidan, donde se habían atrincherado los amotinados.

El visir hizo embarcar en el Bósforo los *tosphis* ó artillería nuevamente formada, tropa bisoña que solo anhelaba destruir á los genizaros para reemplazarlos. Atacóse á los insurreccionados por el flanco, y se les hizo un horrible destrozo con la metralla.

Los cuarteles se incendiaron, y á fin de librarse de las balas y del incendio, probaron algunos genizaros de abrirse paso al través del cerco de bronce y de fuego que les devoraba, pero en vano.

Doce mil cadáveres atestiguaron que Mahamud era un gran príncipe, y su visir un excelente ministro.

Dueño Husein del campo de batalla, fué á instalarse en el hipódromo.

Continuóse dando caza á los genizaros; sus cabezas fueron sucesivamente clavándose en las paredes del divan, y no tardó en quedar enteramente cuajada aquella asquerosa muralla. La matanza duró muchos días.

Un empleado de la embajada rusa, testigo ocular, me contó que había visto bajar del hipódromo al Bósforo algunas carretadas de cabezas cortadas, que arrojaban al mar porque no cabían ya en las paredes del edificio.

Aun mucho tiempo despues de aquella sangrienta época, ningun habitante de Constantinopla quería comer el pescado cogido en la rada.

El *golpe de estado* de Husein elevó su favor hasta un grado inmenso.

Nombrado generalísimo de los ejércitos turcos, cuando la invasión del imperio por los rusos en 1828, se distinguió por la defensa de Schumla y detuvo los progresos de Diebitsch. En 1832 fué opuesto en la Siria á Ibrahim-bajá; pero la fortuna le fué contraria.

Derrotado por los egipcios, tuvo que entregar su mando á Reschid-bajá, el cual, sin embargo, no logró poner en mejor estado los negocios de la Puerta; pues Ibrahim lo hizo prisionero.

Entonces fué cuando se concedió á Husein, en calidad de retiro, el bajalato de Vidin, donde su mayor gusto consiste actualmente en hospedar á los viajeros de distinción que suben ó bajan por el Danubio para ir ó volver de Oriente.

Los ingleses sobre todo poseen el don de agradarle, los recibe muy obsequiosamente, les manda servir el té, les comunica las noticias de Francia, se compadece de los polacos, habla de Luis Felipe, llora á Napoleón, y se suscribe á todos los *keepsakes* de Londres, con tal que los editores hayan puesto una vista del Bósforo ó una ruina de la Siria.

Pero la circunstancia que mas recomienda al bajá es sin disputa la de que no tiene reparo en enseñar á los curiosos su haren revolucionario, en el cual se consuela de no poder reformar los serrallós del imperio.

No pudiendo degollar genizaros, civiliza mujeres. Es á un mismo tiempo el jacobino mas infatigable y el mas cortés sansimoniano del islamismo.

Hé aquí pues el personaje al cual íbamos la señorita Lampugnani y yo á suplicar humildemente nos permitiese visitar un serrallo oriental. La señorita Lampugnani, que hablaba perfectamente el turco, le hizo saber que una señora inglesa, de la cual se había hecho intérprete, ansiaba hablar un momento con su interesante familia.

Nuestro Karaita fué el portador del mensaje. Uno de sus correligionarios, un saduceo, era casualmente á la sazón secretario particular de Husein; así fué que inmediatamente alcanzamos el deseado firman. Nos dispusimos para aquella entrevista con una alegría infantil, verdaderamente ridícula.

El secretario particular, que se explicaba en malísimo italiano, nos estaba aguardando en casa del director de la aduana. Al descubrirnos, se quitó muy cortesmente la gorra.

— Señoras, nos dijo, su alteza ha quedado sumamente lisonjeado por la afectuosa solicitud con que Vds. le honran. En este instante sus tres esposas están á paseo y cogen granadas en los jardines del serrallo, pero se han enviado algunos negros que las avisen, y no tardarán en estar de vuelta.

Esta arenga, del gusto de una ópera cómica, nos pareció en extremo agradable. El secretario abrió la marcha con la misma gravedad que si anduviera leyendo el Talmud.

Llegamos, siguiéndole, á la ciudadela, cuyos hornabeques circuyen el palacio de Husein. Despues de haber atravesado patios inmensos y largas galerías, en las cuales los negros, eunucos, juglares y todo al pueblo mudo de los serrallos, estaban ordenados en filas como sombras, y nos miraban cual si fueran momias, llegamos á la sala de audiencia ó al divan del bajá.

Allí, al extremo de un sofá, junto á la ventana, estaba sentado Husein, el ilustre destructor de los genizaros, sentado con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y contemplando al través de la persiana los majestuosos rodeos del Danubio, sirviéndose para ello de un antejo de teatro, primer testimonio de civilizacion europea.

Era este un noble anciano, vestido enteramente á la usanza turca, á excepcion del fez, cuyo uso es histórico para aquel grande hombre. Sustituyó el fez al turbante el dia mismo de la batalla del hipódromo en que holló con los pies este gorro sedicioso, en presencia de los genizaros, y lanzando las mas horribles imprecaciones.

El bajá agitaba con una mano un magnífico abanico de plumas de garza real, con el cual espantaba las mos-

cas que acudían al derredor de él, y con la otra iba pasando las cuentas de un rosario de madera de la Meca, adorno indispensable para todo musulman de alguna distinción.

Husein me pareció un viejo de unos sesenta y cinco años, de lo que inferí que la derrota de los genizaros debió de acontecer cuando él se hallaba hácia la mitad de su vida, en aquella época en que han llegado á su colmo las fuerzas físicas y morales.

Su rostro, de un amarillo muy subido, muy semejante al color de la vuelta que se ponía antiguamente en las botas, está muy lastimado de las viruelas; pero sus ojos respiran la energía y las pasiones.

La anchura de su barba, perfumada y cortada con esmero, no ha contribuido poco á darle un exterior agraciado. Su cuerpo es sumamente repleto; pero como la etiqueta musulmana no permitía al bajá levantarse, ni siquiera descruzar las piernas, aun en presencia de una señora, me fué imposible determinar con exactitud su dimension.

La amabilidad de Husein no se desmintió durante nuestra entrevista; dispensóme del beso que cuantos nos acompañaban debían aplicar en su temible mano, rasgo de galantería que me lisonjeó en extremo, porque el recuerdo de los genizaros me hacia apreciar todo su valor.

Enfrente del sofá había colocadas varias sillas; así que me hube sentado, dirigí algunas miradas curiosas en derredor mio. Todo un lado del salon estaba ocupado, segun el uso oriental, por uno de aquellos largos divanes que corren de una pared á otra; este era el lado de las ventanas.

Los dos ángulos son mirados como los asientos de preferencia; el raso es allí mas rico, y los bordados de las almohadas sobresalen respecto del fondo general de aquel mueble.

Los demás muebles se componían de verdaderos canapés franceses, cubiertos de un rico damasco y de tapices de Persia amarillos y de color de púrpura.

El techo estaba pintado y dorado al estilo turco, y hermocebaban las cornisas algunos paisajes al fresco, que representaban puntos de vista de Constantinopla y del Bósforo, en los cuales se hallaban regularmente violadas las leyes de perspectiva y las reglas del colorido y dibujo.

Veíanse en el fondo de la sala dos filas de servidores en pié y descalzos, y sus chinelas estaban amontonadas fuera, junto á la puerta.

Principió la conversacion: la señorita Lampugnani lució sus conocimientos en el idioma turco con tal gracia que arrancó al bajá frecuentes sonrisas; en aquellos instantes cualquiera hubiera dicho que ardian dos llamas debajo de los arrugados párpados de Husein; era un viejo pecador.

Nuestra conversacion, en la cual el drogman se reservó todos los gastos, como tambien todas las ventajas, versó únicamente sobre los lugares comunes que se acostumbra en tales casos. Husein nos preguntó qué edad teníamos; pregunta verdaderamente oriental.

— La edad de las rosas, contestó enigmáticamente la señorita Lampugnani.

A estas palabras, la fisonomía del viejo visir tomó una expresion misteriosa: hizo una seña, y al momento nos sirvieron algunos frascos de la famosa esencia que el bajá nos entregó por sus propias manos, asegurando á la señorita Lampugnani que era la mejor de Turquía, y que suplicaba á las señoras de Londres vinieran á decirle un día qué tal les había parecido.

Esa cortés recomendacion me agradó sobremanera; pues estoy persuadida de que algunas inglesas serian capaces de dejar el West-End solo para ir á recibir de manos del bajá algunos frascos de un perfume tan peregrino.

En aquel momento, el judío karaita, que hasta entonces había permanecido oculto detrás de un gran vaso de porcelana de la China, se acercó respetuosamente al bajá y examinó el pulso de su alteza con toda la gracia de un médico parisiense. Parecia que nuestra presencia había dado un poco de calentura al inflamable anciano. El doctor nos previno que se iba á abreviar la ceremonia, porque el bajá temía un ataque de gota. Esto significaba que había llegado la hora de tomar el café.

Cuando ya no se sabe qué decir en una visita turca, se toma café entonces; cada uno mientras vacía la taza, se dispone para la despedida, y aguza con el licor su ingenio para separarse con urbanidad.

Vimos pues entrar un criado trayendo por las asas una especie de cubeta, cubierta con un velo con ricos falfalaes; levantado el velo, vimos un magnífico servicio esmaltado de Persia, incrustado de diamantes y de una forma elegante, con platillos de oro.

Un esclavo negro echaba café en las tazas, las cuales eran llevadas á los convidados unas tras otras, y cada una por un criado diferente.

La etiqueta exige que uno se abstenga de beber la taza entera, y como el licor era excelente, la alejaba con disgusto de mis labios; cuando se verificó un movimiento extraordinario entre los sirvientes que formaban la hilera delante de la puerta. La causa había sido el volver de paseo las mujeres del bajá. Mas corteses que Luis XIV, no habían querido hacerse aguardar.

Confieso francamente que mi pecho sintió una leve emocion, cuando me ví tan cerca de entrar en intimidad con personas de mi sexo, cuyas costumbres, hábitos, idioma, ideas, y hasta el traje, se distinguen tan esencialmente de cuanto vemos en medio de las poblaciones cristianas.

Las tres esposas de Husein, llevadas en carros árabes

y precedidas de una especie de picador negro, entraban en aquel instante en el patio principal del serrallo, y se apeaban junto á la escalera de la galería. Nuestra comitiva se dirigió hácia aquella parte del edificio.

El negro saltó de su caballo, subió con presteza algunos escalones, y nos hizo un horrible visaje para indicarnos que le siguiéramos. Este era el jefe de los seis eunucos dependientes del serrallo, y el personaje mas importante de aquel establecimiento. Bajo los auspicios de aquel alto funcionario, fuimos introducidas en un edificio paralelo á aquel de que acabábamos de salir, y que está ocupado por las habitaciones de las mujeres. Acordéme involuntariamente de Lalla Rook, y de las baladas de Tomás Moore.

La primera criatura humana que se ofreció á nuestras miradas en aquel lugar sagrado fué una criadita, cuyos dedos, cubiertos de sortijas, preparaban el té á la inglesa, con tortas de manteca, cual se hiciera en una reunion de familia. ¡Qué desencanto! Una persona cubierta con un velo desapareció al acercarnos nosotras.

Esta antecámara era notable por una infinidad de jaulas doradas que colgaban del techo, y en las cuales cantaban algunos canarios.

Pero lo que acabó de contradecir á Tomás Moore y á Lalla Rook, fué un magnífico piano de cola, de la fábrica de Pleyel, que ocupaba singularmente su lugar entre un haz de armas egipcias y un surtidor construido en medio del aposento al estilo chineco. Mi imaginacion poética estaba en tortura.

El serrallo no estaba amueblado enteramente como el salon del bajá: los divanes me parecieron algo mas bajos; estaban todos desocupados, á excepcion de uno en que se veían acurrucadas é inmóviles en dos hileras las bailarinas de la casa; porque en Turquía todas las casas tienen sus bailarinas, lo mismo que en Londres su *fregasuelos*.

Las bayaderas de Husein eran jóvenes, de corta estatura, de fisonomía alegre, y llevaban basquiñas de tisú de oro y de plata como las boleras de los teatros españoles, pero iban descalzas y con anchos pantalones.

Habían teñido sus párpados de negro, y aquel círculo lívido que rodeaba sus ojos daba á sus rostros una expresion muy extraña, pareciéndome que esta circunstancia debía caracterizar tambien sus bailes. No me equivocaba; el eunuco nos rogó que nos sentáramos, y empezó el baile.

Permítaseme hacer en este lugar una observacion acerca de las ideas, generalmente equivocadas, que se tienen en Europa de las bayaderas de Oriente. Ha circulado en Londres la noticia de que los parisienses habían recibido un cargamento de aquella mercancía en muy buen estado; pero á pesar de los seguros marítimos, esto es imposible.

La verdadera bayadera, la *nautch* del Ganges, la *biondetta* del Ecuador, no se aleja nunca de unos climas donde reina por la pirueta local y por el chis chas indígena. Cuando en 1022 el templo de Sunnat fué destruido por el gran Mahometo, las sacerdotisas del santuario se dispersaron por toda la India; y las bayaderas descienden por línea recta de aquellas religiosas, devueltas repentinamente á la sociedad.

¿Cómo es pues creible que tales maravillas se hayan extraviado hasta el punto de desembarcar en la Galia y en la Albion? La bayadera de *sangre pura* es la hurí casi inhábil que los oficiales del ejército británico son los únicos que tienen probabilidad de ver una vez en su paseo oriental arriesgando su vida; la hurí que un canto popular en Singapore llama *garzel*, y que está pintada con hermosos colores en un poema de Hafiz en la cancion, cuyo primer verso ó estribillo es el siguiente:

Taza-be-taza, no-be-no, etc., etc.,

que traducido en castellano, dice así:

«Hija de la música, bálanos pronto tu cancion, siempre nueva y siempre alegre, etc., etc.»

La hurí, finalmente, que el mismo elegiaco persa Hafiz llama *Djama*, y que juguetea con gracia con el fantástico espejo de luciente azófar, cuyo uso se halla descrito en las siguientes palabras:

«En saludando á su querida con respetuoso ademan, se aprieta con suavidad la frente con una flor de loto; ella, despues de haber presentado el espejo á su amante, lo retira y lo estrecha contra su corazón.»

Este silencioso coloquio es muy útil, cuando se trata de burlar la vigilancia de un tutor como Bartolo, ó de un rajah mas celoso que Husein. Aquellos dos graciosos gestos bastan para que se entiendan los amantes, aunque permanezca muda la boca. Dejo para las románticas el cuidado de apreciar la poesía del papel que hace el espejo en aquella conversacion simbólica.

En 1828, una bayadera de Schiraz, llamada Touti, fué elevada del puesto mas humilde entre las bailarinas de la calle, al primer lugar entre las odaliscas del rey de Persia.

Touti es el nombre de un papagayo, muy estimado entre los indios, y que representa siempre un papel fatídico en sus novelas de costumbres. Refiere una crónica que un poderoso monarca armenio mantenía en el cuerpo de un Touti un *espíritu* muy alegre, el cual, bajo aquel exterior locuaz, iba á contarle historietas para distraerle en los momentos de fastidio.

Aquel espíritu ó *vétala* no había parecido en la corte de Persia, hacia mucho tiempo, sin duda porque en



Un entierro en Venecia. (1868)

aquel reino la corona es actualmente mucho menos pesada que antes; mas plugo al monarca reinante volverlo á encontrar en la persona de la linda nautch de que hablamos, y como los soberanos de Persia son todavía absolutos, á despecho de los rusos é ingleses, toda la nacion tuvo que someterse al antojo del rey.

Touti ha sido en estos últimos tiempos la verdadera reina de Schiraz. La Taglioni del Oriente fué para aquel príncipe « un océano adonde iban á parar todos los rios del pensamiento; los imperios de la India y de la China valian menos que una mirada de sus ojos; solo el on-deante ciprés puede dar una débil idea de la elegancia de su talle; las flores del Nagacesera, las mas bellas del trópico, las que adornan el carcaj de Camadeva, no eran tan hermosas como el delicado vello de sus megillas; Touti habia sido formada por las manos del Criador con la tierra del paraiso y el agua de la inmortalidad, sus abrazos se parecian á aquellas caricias que un rayo lunar prodiga á la nube, sobre la cual se adormece....»

Tales eran las expresiones enfáticas del Karaita al referirnos aquellos pormenores, con un fuego que me sorprendió mucho en un juicio tan esclavo de los preceptos del Talmud.

Sin embargo, este era un modo muy agradable de distraerme, mientras aguardábamos que las esposas del bajá hubiesen trocado su vestido de paseo por otros atavíos mas dignos de la recepcion que trataban de hacernos.

Entre mujeres se entienden y perdonan fácilmente tales pequeñeces. Entre tanto continuaba el baile, pero muy poco animado; parecia que las mejores danzas se guardaban para la hora de la entrevista.

« Murió la divina Touti, añadió el Karaita mirando á la señorita Lampugnani, como para ver si su relacion nos hacia derramar alguna lágrima; murió la divina Touti, y el pesar cubrió de canas la cabeza del rey de Persia, que era un moreno agraciado, en la noche funesta que siguió á aquella pérdida.

Levantóse un magnífico sepulcro á la bayadera en las puertas de Schiraz, y los ministros tuvieron que costear aquel monumento, cual si fuera de utilidad pública. Los ojos de Touti, mas suaves que los de la antilope, y sus labios, perfumados como las hojas del amru, se cerraron en medio del duelo y de los gemidos de toda la monarquía.

Repitieronse en loor suyo los celestiales versos de Ferredd-ed-Din Attar, el Lamartine y el Byron de la Persia, y su delicioso romance *Gulrokk y Cosru* fué cantado en torno del sepulcro con el fúnebre acompañamiento del *tamtam* y del *barbut*.

Husein bajá se hallaba á la sazón en la Anatolia, y pudo comprar á un comerciante de Tiflis el *chirk* ó lira de Touti, que habian robado al rey de Persia, en medio del grande trastorno que una catástrofe tan cruel debe necesariamente producir en la casa de un marido apasionado en cuya afliccion no toman parte los criados. En breve serán Vds. admitidas á tocar, y hasta oír aquella guitarra, residuo de una existencia tan pintoresca y feliz...»

El Karaita calló; las bailarinas acababan de interrumpir su ejercicio, y se acercaron al divan para que examináramos su traje.

Era el mismo que llevaba la hermosa Toutt, cuando un nuevo *califa de Bagdad*, paseándose á boca de noche por las calles de Schiraz, tomó aquella mujer entre las improvisadoras de encrucijada que daban vueltas y hacian piruetas para divertir á los ociosos de los

paradores; historia muy parecida á la de madama de Barry y de Luis XV.

Mis lectores comprenderán fácilmente cuánto debía llamar mi curiosidad el traje de las bayaderas de Husein; es asunto peculiar de nuestro sexo. Ayudáronnos en aquel exámen el Karaita, su amigo el secretario de la aduana y una vieja dueña que apareció de improviso y á la cual los eunucos llamaban *madre de las camareras*, ó como si dijéramos *camarera mayor*.

Las modistas de Paris no hubieran manifestado seguramente en aquel grave negocio el discernimiento de que dimos pruebas: y las correcciones que le plugo á la señorita Lampugnani indicar, promovieron algunas expresiones de entusiasmo que sentí vivamente no entender.

En aquel instante vino el negro á rogarme que me

mas á nuestra llegada se levantó y nos invitó á que tomáramos asiento, diciéndonos:

— ¡ Bendita sea vuestra entrada, y permita el cielo que permanezcais de este modo todo el tiempo que queráis!...

La blancura de su tez y el azul claro de sus ojos mas bien le daban el exterior de una linda francesa que de una odalisca.

Tenia la nariz arremangada. El Karaita nos dijo en voz baja y en italiano que debia sernos muy lisonjero que Zulickha hubiese interrumpido por nosotros su paseo; pues su orgullo y lo imperioso de su carácter cedian tan solo á la homicida voluntad del bajá.

La hermosa griega estuvo algo exagerada en sus cumplidos, para destruir sin duda el concepto poco favorable que suponía habíamos formado de su talento; en señal de amistad me tocó suavemente en el se-

no, en los labios y en el pecho y me abandonó su mano, así que la hubiese besado. Era una mano encantadora, y el bermellon con que habia pintado la extremidad de los dedos, hacia resaltar todavía mas su blancura.

Zulickha estaba muellamente sentada sobre un monton de almohadas de raso azul, y llevaba al rededor de su fez una gasa negra, cuyos pliegues ocultaban enteramente su cabellera, la cual estaba tan cargada de diamantes, que por todas partes despedia rayos de luz, aumentando de esta suerte el brillo sobrenatural de sus ojos.

El voluptuoso desorden de su posicion en el extremo del divan me estorbaron, como ya me habia sucedido en la habitacion del bajá, hacermé cargo del riguroso conjunto del traje de la favorita; sin embargo, descubrí á hurtadillas jubones de raso azul y de brocado de plata, debajo de un magnífico ropón de una tela de color de púrpura, guarnecido de martas cibelinas; sus chapines eran de tisú de oro bordado de perlas, pero este calzado no le cubria sino la punta de los piés, que llevaba desnudos en una anchura de media pulgada.

Cuando Zulickha andaba, tenia que retener su babucha con el pulgar y el dedo primero.

La conversacion fué mas animada que en el aposento de Husein; ví desde luego que Zulickha era sentimental.

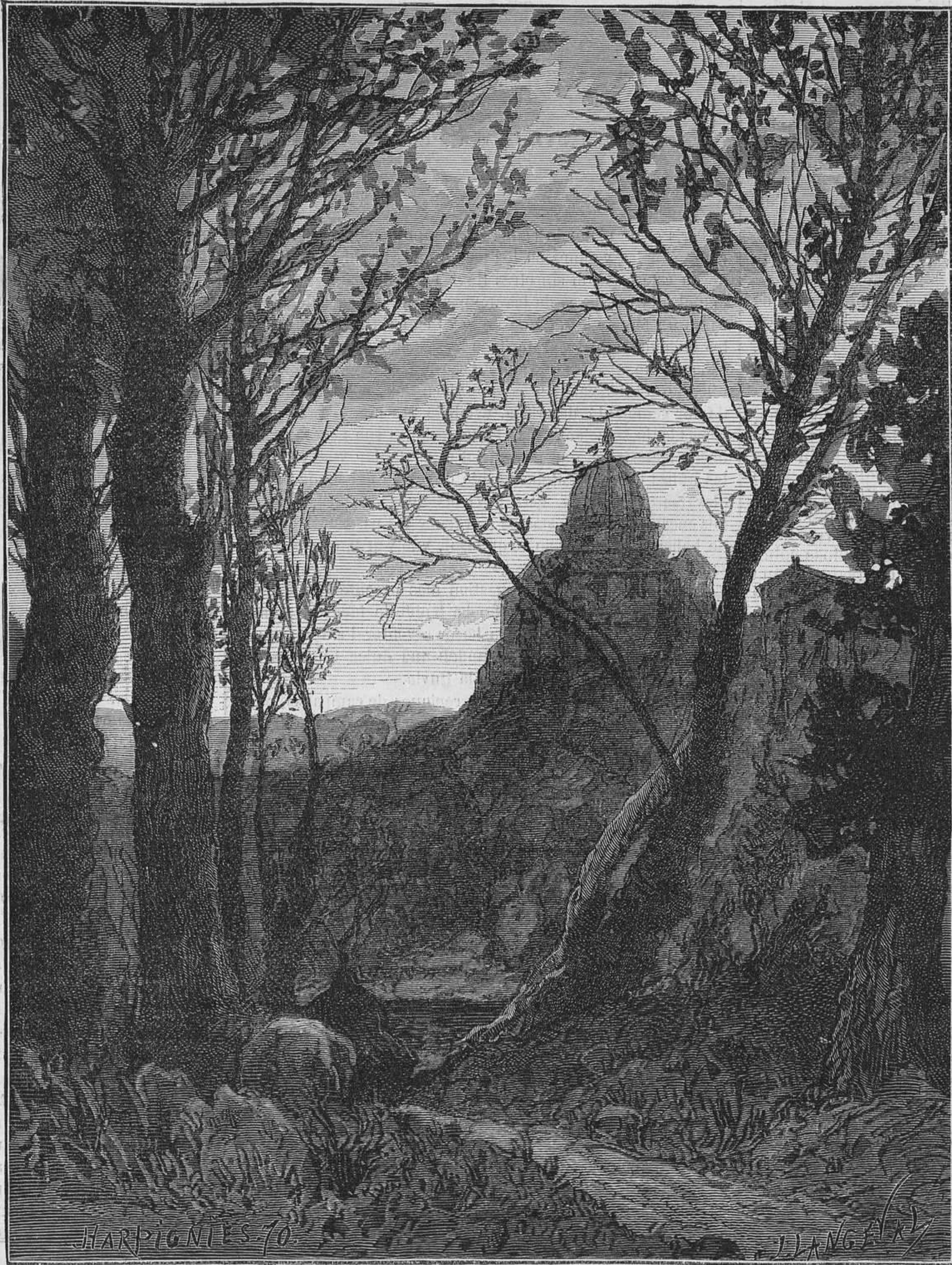
Después de algunas preguntas y respuestas muy vagas, vinimos al amor, y fué indecible mi sorpresa, cuando oí á una prisionera de un serrallo discurrir sobre el amor absolutamente del mismo modo que la petimetra mas independiente de Paris ó de Viena.

Zulickha, muy instruida para su clase y estado, habia leído los

poetas persas, á Gelal eddin, por otro nombre llamado el *Moolah de Room*, el Balzac de Korasan, conocia igualmente la coleccion de los Menesvir, los *Cinco Tesoros* de Nizami, el *Khamsah* de Hatifi, en fin, toda la literatura de Schiraz.

Zulickha fué la que me enseñó, según los Addison y los La Harpe de la India, el modo de hacer una regular heroína de drama ó de comedia. Toda mujer creada por la imaginacion de un Shakspeare debe poseer las veinte prendas siguientes. Atiéndanse bien los números:

1º La belleza: 2º la juventud: 3º que hiera la imaginacion: 4º la dulzura: 5º la fidelidad: 6º debe manifestar la emocion de un alma que se despierta y que sin conocerse aun á sí misma, busca el amor: 7º el crecimiento de las emociones, es decir, las súbitas alternativas de ponerse colorada y palidecer: 8º la inflamacion súbita de un corazon que quiere someterse á su dueño:



Castel Gandolfo, residencia de verano de Pio IX.

quitara los borceguies. Oyóse en la pieza inmediata una corta tocata de viola, lo que era señal de que las mujeres de Husein estaban para recibirnos.

Para llamar la atencion de las sultanas, la señorita Lampugnani se habia vestido enteramente de luto, y yo por el contrario, habia escogido para mi traje colores muy vivos.

Entramos en un aposento en que vivia aislada la favorita del bajá; no se crea que tuviese el título de esposa; pues Husein tiene dos mujeres legítimas: pero esta posee toda la estimacion del amo, y es ciertamente digna de ella, porque en cuanto á hermosura, fuera difícil encontrar otra mujer mas hechicera.

Es una esclava griega que raya en los veinte años, talle, cútis, manos, piés, cabellera, dentadura, ojos, todo parece admirable en aquella mujer.

Estaba sentada en una otomana enfrente de la puerta,

HARPIGNIES 70

W. N. G. 1871

9ª la alegría medio chancera que parodia todas las acciones de un amante, sus esfuerzos y protestas: 10 la expresión del deseo que se descubre en el mirar, en el temblor de la voz y en todos los movimientos: 11 el olvido de cuanto la rodea, la distracción involuntaria, una melancolía pensativa que caracteriza la pasión en su cuna: 12 el grado inmediato de la pasión que se da á conocer por el poco cuidado de sí misma, por el desconcierto en el obrar, por la negligencia en todo, y hasta en el aseo: 13 la inexactitud y la desazón que vienen después de esto: 14 el último destello del orgullo virginal: 15 las alternativas de ternura y de cólera, de amargura y de gozo: 16 la expresión silenciosa de un amor atendido: 17 el deseo de retroceder, y el aparentar que repugnan las caricias del objeto que interiormente se adora: 18 el pudor que se esfuerza todavía en burlar y en disimular los violentos deseos que agitan el alma: 19 el triunfo, la expansión del alma y de todos los sentidos: 20 el tiempo feliz en que no ocultamos ya la felicidad, en que la damos y recibimos, en que hacemos ostentación de ella con orgullo, en que nos ataviamos para ser más amadas, para agradar más, para aumentar y perpetuar la embriaguez á que nos entregamos con delirio.

¡Ah!... detengámonos, aunque no sea más que para dar treguas al entusiasmo.

Pregunto á todos los hombres de buena fe, si el mismo Racine en sus cuadros más primorosos ha sabido comprender mejor las leyes de un análisis exacto y delicado.

Despédime respetuosamente de Zulickha como de un profesor consumado. Pasamos á visitar á la segunda favorita.

Esta, que se llama Shirin, no es hidriotá como su rival, sino circasiana.

En su traje se notaba una leve inferioridad, prueba de que esta belleza ocupaba realmente el segundo lugar en el corazón del bajá. Su ropón era, no obstante, de terciopelo negro sembrado de hojuelas de oro; debajo del velo de gasa se echaban de ver más flores naturales que diamantes: su gracia era del todo oriental.

Parecióme tan blanca y purpurina como Zulickha, pero un poco más flaca y de una languidez que indicaba una salud no muy robusta. Los ojos de Shirin eran tan puros y brillantes como los de Zulickha, pero respiraban una melancolía profunda. Shirin, aunque menos versada en las maneras francesas que su rival, estuvo más franca y más llana con la señorita Lampugnani y conmigo; se puso al piano, sentándose sobre un rimero de cojines que fué sacando del diván con una travesura verdaderamente infantil, y nos tocó la sinfonía de la *Violeta* de Herz, con la misma precisión que el alumno más sobresaliente del Conservatorio.

Así que hubo concluido, me presentó su pipa adornada de diamantes, pero se quedó pasmada, cuando le hice responder por la señorita Lampugnani que mi boca no sabía aspirar el vapor del tabaco.

Entonces nos propuso que visitáramos su galería de pinturas, la cual se reducía á un pequeño aposento, donde se veían algunos lienzos pintados al óleo y una docena de acuarelas colocadas unas tras otras sobre los acolchados de un diván circular.

Había allí cuadros de Bonington, de Lawrence, de Descamps, uno preciosísimo de Wateau, é igualmente un rasgo fantástico de M. Martin, comprado en la almohada de las pinturas de M. Caning.

En la viva y ardiente descripción que Shirin hacía á la señorita Lampugnani, explicando el modo con que entendía el mérito de aquellos cuadros, noté con singular sorpresa, á pesar de mi ignorancia respecto de la lengua otomana, que la dama turca usaba algunas palabras inglesas y algunas locuciones parisienses, con una facilidad gramatical que no esperaba hallar en las márgenes otomanas del Danubio.

(Se continuará.)

Un entierro en Venecia (1868).

Hé aquí una escena veneciana que debemos al pincel de M. J. Brion, quien ha producido un cuadro que se considera como una de las mejores obras de la Exposición de 1870.

El asunto está lleno de atractivos para un artista: es imposible imaginar una reunión de cosas más pintorescas.

La góndola de luto proyecta sus sombras en las verdes aguas del canal, y los hombres, cubiertos con vestiduras de color de escarlata, se destacan vigorosamente por la riqueza de sus tonos, que realza más y más la sombra trasparente del punto en que se halla colocado el grupo principal.

En segundo término la graciosa arquitectura de los puentes del canal y de las casas que se alzan en las dos márgenes aparece bañada de luz y perfilando líneas indecisas; por último, el fondo está concebido de modo que se concentre la atención del observador.

Merece cumplidos elogios la ejecución de esta bonita obra: el grupo está tratado con una franqueza y una facilidad sin igual: cada hombre es un tipo perfectamente expresado.

A. DE L.

Una vista de Castel Gandolfo.

Hé aquí un bonito recuerdo de artista: una vista de Castel Gandolfo que debemos al pincel de M. Harpignies.

Castel Gandolfo se encuentra, como es sabido, en las inmediaciones de Roma, esto es, á 47 kilómetros, en medio de un paisaje soberbio y á la orilla del lago Castello. Es la única residencia de verano que tienen los papas. Una magnífica avenida de encinas llamada la Galería, conduce de Castel Gandolfo á Albano, deliciosa por su sombra y su frescura. Como en todas partes, en la campiña romana hay aquí hermosos recuerdos históricos, y así es que en los bellos jardines de la villa Barberini se ven las ruinas de un palacio de Domiciano que frecuentemente visitan los arqueólogos.

A. DE L.

Revista de Paris.

Paris sigue pidiendo agua; un verano como este, es decir, como son los veranos en los países que verdaderamente conocen esta estación sin otras lluvias que los aguaceros accidentales y pasajeros de las tempestades, se considera aquí como un fenómeno de que no hay memoria. Allí registrando los archivos del Observatorio se ha descubierto que ha habido estíos como el presente; pero eso fué en épocas remotas: ninguno de los parisienses que viven hoy ha tenido ocasión de ver semejante desgracia. Estábase reservado á 1870 un espectáculo semejante. Las lamentaciones son generales. Se hacen apuestas á que lloverá tal ó cual día, y se observan las nubes con más atención que un globo del Hipódromo al elevarse en los aires. Pero ¡ay! las nubes se disipan como por encanto, las apuestas se pierden y los paraguas, después de haber hecho el oficio de quitasol, vuelven tan secos como salieron á las casas.

Como en el día no hay cuestión más urgente que esta de que tratamos, ha habido quien ha tenido la idea de intentar experiencias de artillería para hacer reventar los nubarrones que de cuando en cuando difunden una dulce esperanza en el corazón de los aficionados á la lluvia.

A las descargas acompañarían repiques de campanas, y de este modo se cree que se podría obtener lo que tanto se desea: un chaparrón refrescante.

Sin embargo, aunque la proposición emanaba de un hombre que tiene autoridad en el mundo científico, la Academia de ciencias no ha querido oírle, y así es que las nubes siguen burlándose de los parisienses, haciéndoles concebir esperanzas que duran unos minutos.

A esta sequía prolongada se atribuyen, quizás hipócritamente, un crecido número de males. Sin hablar de los campos, de los que rara vez se ocupan los parisienses más que para admirar la fresca verdura del césped y el brillo de las flores, se dice que la falta de agua es la causa de la persistencia de ciertas enfermedades epidémicas que reinan en Paris desde el año último, entre las cuales sobresale la de las viruelas, que continúa haciendo estragos. En la semana última, la cifra de la mortandad es la más considerable que se ha visto desde que empezó esta epidemia; pasa de 200 casos. Esto es lo más triste; pero apresurémonos á decir que no hay razón para achacar á la falta de agua esta calamidad, ó por lo menos, así lo declaran con toda sinceridad los hombres competentes.

En esta época en que hay tantos habitantes de Paris que abandonan la capital por algunos meses, todos los que tienen que arreglar asuntos pendientes se despachan á tomar sus medidas para ponerlos en regla antes de que tenga principio esa ausencia que imponen forzosamente las leyes de la moda.

Sabido es que los sastres y modistas del gran mundo tendrían á menos presentar la cuenta al mismo tiempo que entregan los encargos; pero sin embargo, hay parroquianos de corta memoria que necesitan de cuando en cuando una notificación más ó menos formal, una vez pasado ese plazo de pura cortesía.

Contra uno de estos clientes olvidadizos, un acreedor que por lo visto no carece de inventiva, ha imaginado un expediente que señalan las crónicas semanales, porque á la verdad es digno de conocerse.

Trátase pues, de un sastre que tenía por parroquiano á un joven elegante, muy engolfado en operaciones bursátiles.

El joven en cuestión es rico, al menos de tiempo en tiempo, y nada avaro; al contrario, tiene fama por lo espléndidamente que gasta su dinero.

Repetidas veces el acreedor le había enviado la cuentecita; pero jamás nuestro hombre se daba por entendido.

Un día el bolsista recibe una carta del sastre, y ya iba á hacerla pedazos, como de costumbre, sin leerla por supues-

to, en razón á que había reconocido la letra, cuando llamaron su atención algunas palabras trazadas en el sobre.

Hé aquí lo que decían:

«Me conformaría con que me señalara Vd. tanto por mes, por poco que fuese, que yo vendría á cobrarlo.»

Y debajo la firma.

El bolsista se sonrojó leyendo aquello.

No cabía duda, que su portero había leído también, y que ahora sabía que estaba en apuros pecuniarios.

Sin embargo, hizo trizas la carta con muy mal humor y olvidó el asunto.

No por mucho tiempo. Venido el día siguiente, la portera volvió con otra carta, que le entregó con una sonrisa siniestra. El joven la despidió con malos modos, porque vio inmediatamente que había debido leer en el sobre lo que sigue:

«Mañana tengo que pagar mil francos y me faltan trescientos; cuento con Vd. para salir del paso.»

Ya estaba empeñado el combate. Nuestro hombre se hallaba rodeado de espías burlones; todos los criados de la casa, de la calle, se hallaban al corriente de lo que ocurría.

En cuanto le veían le señalaban con el dedo, y apenas se atrevía ya á salir de su casa.

Y á todo esto, él había formado empeño en no quedar vencido. ¡Deplorable persistencia!

Las cartas se continuaron hasta que vinieron á tomar un carácter lúgubre.

El diario la *Opinion nationale*, que cuenta detalladamente esta singular anécdota, publica varias de ellas: hé aquí la más notable.

No hay para que decir que el plieguecillo de papel estaba intacto, todo lo que vamos á traducir se leía en el sobre.

«Anoche han visto á su esposa de Vd. en la ópera con un collar que lo menos valía 5,000 francos. Quiero creer que es Vd. quien se le ha comprado; pero un hombre honrado no compra un collar de ese precio á su señora cuando tiene deudas tan apremiantes. Yo estoy en el último extremo, á punto de quebrar y de suicidarme, y Vd. será el responsable de mi muerte.»

Fué el golpe de gracia. El bolsista cesó en su porfía, pagó al sastre y se apresuró á marcharse al campo.

El mundo literario ha tenido un luto esta semana.

Un escritor joven aun, puesto que no había cumplido los cuarenta años, Jules de Goncourt, ha bajado al sepulcro después de haberse conquistado un nombre merecido en compañía de su hermano Edmundo.

Es una historia interesante en verdad la de estos dos hermanos.

Todas sus producciones llevan sus dos nombres; jamás ninguno de ellos ha escrito una línea que los dos no hayan firmado. Conocidos por el público con el nombre de los «hermanos Goncourt», nadie podía clasificar separadamente el talento del uno ó del otro, pues ellos habían puesto un empeño particular en confundir todas sus cualidades de literatos.

Aun recordamos la época, no muy lejana, en que dieron á luz sus primeras producciones, que fueron artículos ligeros en los periódicos de literatura y arte.

Desde el principio se pudo ver que eran talentos privilegiados, quizás algún tanto extremados en su horror á la vulgaridad; pero á vuelta de esto trabajadores y concienzudos, muy estudiosos y refinados en el decir, hasta el punto de haberse creado una originalidad por su estilo.

Muy luego abandonaron el periodismo diciendo que querían consagrarse á trabajos históricos dentro del dominio de la literatura, y efectivamente, llegaron á ser autoridad para ciertas épocas, como el reinado de Luis XV, la revolución y el Directorio.

Los hermanos Goncourt escribieron también novelas, estudios de costumbres hechos en lo vivo de la sociedad contemporánea, con la escrupulosidad y vigor de observación que les fueron siempre característicos.

En el teatro es donde tuvieron menos fortuna. Su *Enriqueta Marechal* causó tormentas que todavía no se han olvidado; y los hermanos Goncourt renunciaron para siempre á la literatura dramática.

Además sufrieron otra desgracia: no fueron populares. Sus obras todas, escritas como hemos dicho, con cierto refinamiento que nunca es del gusto de las masas, no salieron nunca de un estrecho círculo de admiradores.

¿De qué ha muerto Jules Goncourt?

M. Teófilo Gautier contesta en breves y sentidas líneas á esta pregunta en el interesante artículo necrológico que ha consagrado á la memoria del difunto.

«Ha muerto de su oficio, como moriremos todos; de la perpétua tensión del espíritu, del esfuerzo sin reposo, de la lucha con la dificultad creada de intento, de la fatiga de ir empujando ese peñón de la frase, mucho más pesado que el de Sisifo. A la anemia se añade muy luego la neurosis, esa enfermedad moderna que nace de las excitaciones de la vida civilizada, y contra la cual es impotente la medicina, porque esta no alcanza al alma. El hombre se hace irritable, el menor ruido le incomoda, y busca, cuando ya es tarde, el reposo del silencio bajo las sombras. Se arregla una casa «Concluida la casa, entra en ella la muerte,» dice el proverbio turco.»

Y así ha sido en verdad para ese pobre Jules de Goncourt,

cuya pérdida tanto ha conmovido al mundo de las letras.

Pero pasemos cuanto antes de los muertos á los vivos.

Justamente tenemos que hablar de un autor que lejos de desanimarse con los tropiezos que todo autor encuentra al principio de su carrera, acaba de dar un ejemplo de lo que pueden la actividad y la energía.

M. Enrique Becque, casi desconocido hasta hoy en el teatro, pues solo había dado una comedia en el Vaudeville, que pasó completamente desapercibida, tiene ya un nombre que se ha conquistado contra la voluntad de los empresarios parisienses.

Había pues, presentado en el Odeon un drama en cinco actos y siete cuadros, titulado *Miguel Pauper*, que la empresa le devolvió cortésmente, como se acostumbra siempre que se trata de responder con una negativa.

Pero ¿qué hizo el autor? Buscó un teatro de los muchos que están cerrados en la actualidad, le tomó por su cuenta, ajustó una compañía, se hizo empresario, en fin, y ha dicho al público:

—Aquí está el drama rechazado en el Odeon, juzgadle, y de paso juzgareis también al empresario.

Dicho y hecho: el drama se representó, y el éxito ha sido favorable.

Apresurémonos á añadir que quizás ha entrado por mucho en el favor del público la circunstancia que acabamos de señalar; pero de todos modos diremos también que la obra no está exenta de cualidades y merece verdaderamente algun aplauso.

Desde luego la intriga, aunque no de gran novedad, está desenvuelta con cierta originalidad que resalta sobre todo en las situaciones capitales. A través de la inexperiencia, se nota que M. Becque no es un autor vulgar, sino que antes bien reúne condiciones que con el tiempo podrían hacer de él un excelente autor dramático.

Miguel Pauper es un hombre del pueblo que ha recibido una educación industrial con algunas nociones en ciencias y en artes.

Su manía es la invención, y en realidad no le falta ingenio; pero se halla en las garras de un especulador de mala ley llamado M. de la Roseraye, el cual hace el papel del vampiro que se chupa lo mejor de su sangre.

Y sin embargo, no por esto prospera; antes bien, sus negocios van de mal á peor, hasta que un día se decide á apelar al suicidio, ese recurso supremo de las almas miserables.

Miguel Pauper, enamorado de Elena de la Roseraye, lo cual explica sus relaciones con aquel desgraciado, ampara á la huérfana, levanta su fortuna á fuerza de un trabajo constante, y finalmente se casa con la joven, cuando conoce que ya no la faltarán el lujo ni las comodidades aristocráticas á que se halla acostumbrada desde su niñez.

Mas ¡ay! en la vida de Elena, á quien Miguel adora con toda la energía de su alma, hay un secreto, un terrible secreto que descubre á su esposo en la noche de sus bodas.

Elena llevaba la deshonra al matrimonio.

Miguel se queda un instante como petrificado; pero luego saliendo de su estupor se desata en gritos de cólera.

¡A una alegría inmensa sucede un inmenso dolor!

La escena es magnífica y está escrita con una valentía inspirada por las diferentes fases de la pasión, el amor, la desesperación, el odio.

El seductor es el conde de Rivailles.

¿Qué hará Miguel Pauper?

Dará muerte al conde de Rivailles; pero antes debe acabar con su ídolo: su amor, cambiado en odio, arma su brazo contra Elena.

No: Elena no es digna de Miguel Pauper. Es una de esas mujeres que han nacido para el vicio, y nada podrá detenerla en tan funesta senda.

Delante de su esposo, que la amenaza de muerte, dice que seguirá al conde: en su alma no hay lugar para el arrepentimiento.

Nada mas dramático que este cuadro: el efecto es irresistible.

El desenlace es monstruoso.

Elena se entrega al vicio descaramente, y Miguel Pauper, sin ningun interés ya en la vida, renuncia al trabajo, á su brillante porvenir, y cae en la embriaguez, que al menos le arranca por instantes de la realidad de su vida.

La embriaguez le da la muerte.

Miguel Pauper muere en la calle á la puerta de la casa en donde vive la mujer que habría podido hacer de él un genio y le ha convertido en un ser despreciable.

Este análisis no puede dar idea sino del fondo del drama. Es una concepción exagerada si se quiere, pero que retrata al vivo ciertas costumbres, y sobre todo que en los dos personajes principales Miguel Pauper y Elena, nos ofrece dos tipos notables en el mundo parisiense.

El actor Taillade no podía ser mas propio para hacer de protagonista, y á él sin duda alguna le corresponde una gran parte en el triunfo que ha alcanzado el autor, M. Enrique Becque.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

A la sombra de verdes plataneras,
Lejos del mundo, de la humana voz,
La sien batida por la errante brisa,
Tu acento escucho y te contemplo, ¡oh Dios!

¡Sublime soledad! ¡cuánto tus ecos
Dicen á mi abatido corazón!
¡Cuánto es hermoso contemplar á solas
La tierra, el cielo, el árbol y la flor!

Y ora en oscura sombra envuelta, me halle,
Ó con sus rayos me caliente el sol,
Hallo, naturaleza, al admirarte,
Indefinible, grata sensación.

Gozo escuchando tus salvajes ecos,
De las tupidas hojas el rumor,
Que semeja en sus dejos, dulces, vagos,
De dos amantes el sentido adiós.

¡Todo es en sí misterio indefinible...
Como es misterio el Ser que te formó!
La mas pequeña hojilla de tus plantas
Es una maravilla, es un primor.

¡Todo es en sí magnífico y hermoso,
Todo lleva en su sér la perfección,
Y á do quiera que tiendo la mirada
Hallo el sello, la mano del Criador!

Y luego, son tus leyes tan armónicas,
Se encuentra en ellas tanta prevision,
Que se alcanza, se palpa sin esfuerzo
Que es tu ley principal la del amor.

Mi corazón, mi mente me revela
Que el Sér que así las cosas ordenó,
Que hizo el aire, la luz, la tierra, el agua,
Quiso la vida, no la destrucción.

¿Dónde está, pues, la mísera criatura
Que sacudiendo el polvo do se alzó,
Blasfema contra el mismo que lo hiciera
Que mutilar su hechura le vedó?

¡Y se mueve en espacio inmensurable,
Y aspira el aire, y la calienta el sol,
Y ve, y escucha, y siente y saborea,
Y tiene pensamiento y tiene voz!

¡Y la arrullan las auras matinales,
Y la embriaga el perfume de la flor,
Y le brindan los árboles su sombra
Y es todo caridad á su redor!

¡Y lucen á sus ojos bellos días,
Y la tierra, la abriga en su extensión,
Y un cielo azul sobre su frente se alza,
Magnífico, esplendente pabellón!

¡Horrible ceguera!... Yo contemplando
A solas y en silencio tu esplendor,
Régia naturaleza, y tus prodigios
Me postro de rodillas ante Dios.

Yo embebecida oyendo tus rumores
Siento alegre ensancharse el corazón;
Mi alma extasiada ante tus rasgos místicos
Vuela á otro mundo bello, á otra región;

A la región de luz de donde vino
Cuando á animar mi cuerpo descendió:
¡Allá do faltan límites al tiempo;
Allá do no hay medida en la extensión!...

Mas antes que este polvo al polvo vuelva,
Mientras llena en la tierra su misión,
¡Pueda yo siempre contemplarte á solas,
Lejos del mundo, de la humana voz!

PIA RIGAN.

EN UN ALBUM.

¡Oh! cuando de la dicha
Los inmortales genios
Con diáfanas coronas
Circundan vuestra sien;
Tended, bella, un momento
Vuestra mirada tierna
A quien lleva corona
Bañada en sangre y hiel.

Y cuando de hado adverso
Los procelosos vientos
La cabellera hermosa
Al aire hagan flotar,
Con el aliento impuro
Que á todo lo emponzoña,
Venid, del Plata sobre
Las ondas de cristal.

Guiados por los rayos
Del faro de la noche,
Veremos nuestra barca
Fugace deslizar,
Mirando de las ondas
Los surcos de esmeralda
Como esmaltadas sierpes
En confusión pasar.

Y en vano la tormenta
Intentará tragarnos,
Y bajo de nosotros
Abrirse el ataúd;
Que siempre un mar en calma
Y un cielo de bonanza
Presentarán al alma
Las notas del laud.

AMADEO ERREGART.

Á JULIA.

El acento del hombre escasamente
Alcanza á descifrar el sentimiento,
Y la voz de la lira es impotente
Bajo la inspiración del pensamiento;
Y por eso á ninguno le fué dable
Expresar lo sublime, lo inefable.

Los aromas que lleva con su ala,
De la flor que acaricia, blando viento,
Y el grato son que el manantial exhala,
Mucho mas dicen que el humano acento;
Es por eso, mi amiga, que no espero
Decirte cuanto en tu alabanza quiero.

Yo no puedo cantar, porque mi mente
Con solo contemplarte se extasia,
Y al entonar mi cántiga ferviente
Espirara á tus piés tímida y fria.
Sigue, sigue tu senda y entre tanto
Yo ensayaré mejor mi débil canto.

Si acaso logro yo, gentil doncella,
Hallar en el camino de mi vida,
Siempre siguiendo tu dichosa huella,
Lauros para mi frente enardecida;
Conserve ó no mi nombre tu memoria
Los depondré á tus plantas con mi gloria.

Pasa, entre tanto, con tu faz radiante
Que luz divina iluminó: tu frente
Siempre altiva y serena se levante,
Y siempre el corazón palpita ardiente:
Que yo, lejos ó cerca, he de admirarte
Y venturoso ó infeliz cantarte.

Cerca ó lejos de tí, siempre quisiera
Oír tu nombre á la ventura unido,
Así, á mi orgullo plácido le fuera
Saber que el mio salvas del olvido:
¡El olvido es, oh Julia, de tal suerte
Que se confunde con la misma muerte!

MARIANO G. MANRIQUE.

El incendio de Constantinopla.

El domingo 5 de junio Constantinopla ha tenido que luchar contra el mas terrible incendio, que se haya visto nunca en aquella capital, donde tantas veces se han repetido semejantes siniestros.

El fuego apareció á las dos de la tarde en una casa de la calle Valiolé-Techemé, barrio de Tarim, en Pera. Desde por la mañana habia una fuerte tempestad y

las llamas avivadas por un fuerte viento, se propagaron en aquel barrio, con una rapidez espantosa.

En corto tiempo el fuego hizo rápidos progresos. La confusion era espantosa; los surcos de fuego parecidos á una lava incandescente se esparcian en tres direcciones con la velocidad del rayo, abuyentando á la poblacion desesperada. ¡Qué podian hacer los socorros que acudian ya de todas partes á los lugares del siniestro! Los torbellinos de humo negro oscurecian el cielo y se veia cómo las llamas se pegaban á las paredes de las casas que consumian en algunos instantes.

Hasta las dos de la madrugada y al cabo de heróicos

esfuerzos, no se consiguió cortar el fuego delante de la casa Alberti. El gran visir y otros ministros dirigian los trabajos en aquella hora suprema. El mismo sultan habia querido animar con su presencia y sus palabras á los trabajadores y á los incendiados.

Cuando cortaron el fuego, fué cuando pudieron conocer toda la inmensidad del desastre. Este incendio, el mas considerable que se ha visto nunca en Constantinopla, hizo un crecido número de víctimas. Al otro dia descubrian por todas partes cadáveres calcinados y personas medio aplastadas, de las cuales algunas respiraban todavía. Doce bomberos que trabajaban en una

esta ocasion la mayor actividad para aliviar las penalidades de los incendiados. El gran visir se ha mostrado incansable. El ministro de la Guerra, el de la Policia y Municipalidad, han hecho todo lo posible para ejecutar las órdenes del soberano.

Los dibujos que publicamos merecen algunas explicaciones. El palacio de la embajada de Inglaterra, demuestra que el incendio no solo ha destruido casas de madera, como podria creerse: los edificios mas sólidos han sido presa de las llamas y todos los esfuerzos que se hicieron para salvar la embajada fueron inútiles.

Quizás llamará la atencion á nuestros lectores que

han quedado en pié las chimeneas de las casas incendiadas: esta particularidad consiste en el sistema de construccion que siguen los arquitectos otomanos. Las chimeneas turcas son en cierto modo independientes de las paredes de las casas y esta disposicion les da una solidez que resiste, segun vemos, á los mas violentos ataques.

Las relaciones que nos llegan de Constantinopla han conmovido á las ciudades de la Europa occidental y de todas partes envian socorros. Estas noticias son consoladoras, pues demuestran que todas las almas son sensibles á la desgracia.

R. DE M.

El Doctor Témis.

(Continuacion.)

Así fué que aun en la diligencia misma de alcanzar á Emilio, empezó á sentirse indolente y perezoso, lo que dió lugar á que saliese un poco mas tarde de lo que en otro caso habria sucedido.



INCENDIO DEL 5 DE JUNIO DE 1870 EN CONSTANTINOPLA. — Vista general tomada de la entrada del barrio de Kassim-Bajá, en el momento del siniestro.

casa, para contener los progresos del fuego, fueron sorprendidos por las llamas y perecieron todos, sin que hasta ahora se hayan podido encontrar sus cadáveres. Segun las partes de la policia se encontraron quinientas cincuenta víctimas entre muertos y heridos.

Pasando ahora á las casas y á los edificios públicos, hallamos una estadística no menos affictiva.

Se quemaron instantáneamente el arzobispado católico y la iglesia de San Juan Crisóstomo, el hospital Austriaco, una iglesia armenia con su convento, el Alcázar, el teatro italiano, el gran hotel del Luxemburgo, el establecimiento de los baños franceses y la embajada de Inglaterra, detrás de la cual no habia construc-

ciones que pudieran alimentar el fuego. Por el otro lado de la calle principal de Pera, pudieron cortar el fuego en el Liceo de Galata-Seraf del que solo se quemó la puerta. Sin esa cortadura toda la parte-baja de Pera se habria quemado, hasta Galata por una parte y hasta Tophane por la otra. Felizmente se pudo contener la marcha del incendio. Sin embargo se han quemado cuatro mil casas y se pasarán muchos años antes de que hayan podido reedificarlas.

La situacion del barrio de Pera es tristísima. Los incendiados se acamparon en la plaza de artillería del Taxim y en el antiguo camposanto armenio, donde levantaron para este fin 4,500 tiendas. Muchas

familias se abrigaron en las dependencias del cuartel de artillería.

Las autoridades tomaron inmediatamente las medidas necesarias para distribuir á las familias desdichadas los víveres y objetos que pudieran necesitar, y con este fin se nombró una comision para centralizar los socorros.

Esta comision que preside S. E. Sadig-bajá, ministro de Hacienda, se compone de los directores del banco imperial otomano, de dos administradores y de los directores de la sociedad general del imperio otomano y del crédito general otomano, en cuyas oficinas se recibirán las suscripciones.

El sultan, así como su gobierno, han desplegado en

Esa breve demora né muy provechosa para los miembros de la junta, pues dió lugar á que adelante de Santiago partiesen en la misma direccion Oropimente y Soliman, con el objeto de dar alcance á Emilio, cuya fuga se habia hecho notoria, y realizar uno de los acuerdos sancionados para el caso en que aquel jóven, no llenando satisfactoriamente las esperanzas que en él fundaban, fuese con razon reputado como enemigo, y viniese á ser indispensable deshacerse de él, para destruir ese nuevo testigo de sus crímenes, cuyo dicho podia perderlos ahora ó en lo futuro, revelando la parte de los secretos que habia sido forzoso comunicarle.

Ese dia por la mañana muy temprano habia tenido lugar una junta extraordinaria, porque á las horas acostumbradas ya no podian reunirse fácilmente, á causa de que las investigaciones de la justicia eran de noche mas reiteradas, minuciosas y constantes, y aquellos criminales poseidos de alarma y rodeados de peligros sin fin, se hallaban casi desorganizados y dispersos, precisamente en momentos en que mas les era necesaria una junta pacífica y detenida para arreglar sus planes.

Así fué que no asistieron sino Soliman, Oropimente y la Daifa, muy contristada, porque además de la situacion apurada de la compañía, el dia anterior habia sido condenado el Mordedor.

Solo Monterilla y la Daifa habian salvado hasta allí á sus cómplices, proporcionándoles en sus respectivas casas, escondrijos impenetrables antes, pero ya en riesgo de ser descubiertos.

Aquel era quien habia procurado á don Adolfo, como objeto principal de la investigacion, la casa de doña Gonzaga, para lo cual le fué muy fácil servirse del capellan, habiendo tenido previamente por Veratrina el aviso del cuarto oculto, de lo que Soliman por otra parte, quiso sacar partido en favor de su hija respecto de Santiago, haciéndosela interesante por medio de una accion que á este debia parecer generosa y bella.

En los primeros debates procedieron á enviar tras de

Emilio á Soliman y Oropimente, y determinaron por último, no estar sino á la defensiva respecto del doctor Témis, pues sabían que este, hallándose bien resguardado, hacia inútiles las numerosas tentativas que el día anterior se habían acordado contra su vida.

Al disolverse la junta quedó encargado Monterilla de conservar oculto á don Adolfo, hasta que llegase carta de Veratrina para saber si podía por fin ser escondido donde doña Gonzaga.

La correspondencia entre Veratrina y la Daifa había sido facilitada por los ladrones, á virtud de un medio muy sencillo; frente á la casa de doña Gonzaga había varias tiendas de las cuales tomaron una para que habitase allí otra amiga de la Daifa, y estuviese siempre en vigilancia, cuando Veratrina saliese á la ventana con el fin de encargarle algún recado acerca de la compañía, el que debía desempeñar en el momento, dirigiéndose donde la Daifa.

Por tanto esta se apresuró á retirarse de la junta para ir á su casa, á esperar al mensaje de Veratrina, pendiente en aquella mañana y altamente importante para seguridad de don Adolfo.

Veratrina entre tanto sostenía con Beatriz una conversación que debía destruir el último obstáculo que faltaba vencer, para enviar el recado á satisfacción de los interesados: en tal virtud estaban ambas en el oratorio, que era el sitio en que después de sus plegarias, hablaban sobre sus respectivas conciencias y necesidades espirituales y corporales.

— Dios me ha oído, decía Veratrina, desde que estoy al lado de Vd., virtuosa Beatriz. Había pedido mucho al Señor me concediese la gracia de practicar una acción buena, y parece que va á proporcionármelo.

— ¡Dichosa Vd., Veratrina, que es mucho más santa que yo, á quien jamás había ocurrido una petición semejante!

— No tiene Vd. necesidad de ella, repuso Veratrina, porque continuamente la Providencia está favoreciéndola con otra gracia mayor y más eficaz, que demuestra la predestinación, y que consiste en el espíritu contemplativo de que yo por desgracia carezco, teniendo que reemplazarlo con obras demasiado terrenas, que sin embargo no puedo practicar sino por la mediación de usted.

— No lo crea, hermana mía: hace mucho tiempo que no estoy en la gracia del Señor; y la prueba es que me persigue tanto ese caballero don Félix, lo que, según me ha dicho el capellán, es un castigo de mis pecados; de modo que hasta no acabarse esa persecución, es seguro que no seré perdonada.

— Ese don Félix, dijo Veratrina burlándose de Beatriz, debe ser el diablo en figura de galán, pues él usa perseguir á las niñas; según he leído en la vida de cierta santa. Por tanto Vd. debía de cuando en cuando echarle un poco de agua bendita y vería cuál se espantaba.

— Ya se la he echado, contestó Beatriz, cuando al salir de la iglesia lo he visto en la puerta acechándome, como tiene de costumbre, entre una fila de condenados todos como él, de casaca; pero no se han espantado.

— Entonces no es el diablo; dijo Veratrina; y puede ser más bien Jesucristo que se le aparece á Vd. entre un coro de querubines.

— No, interrumpió Beatriz: el capellán me ha dicho que debe ser el diablo.

— Es que á pesar de eso, bien pudiera ser algún santo; pues con mucha frecuencia se ha visto que á las niñas muy devotas, se les aparece el santo que más prefieren y tiene con ellas lo que en la mística se llaman coloquios y éxtasis amorosos, que dicen ser una cosa muy agradable para los predestinados. Piénselo bien, Beatriz, que puede suceder que su amante sea el mismo san Félix, y entonces ¡qué sentimiento tendría el bendito santo de que Vd. lo despreciara!

— No diga Vd. eso, repuso Beatriz: don Félix es lo que dice el capellán, un ministro de las tentaciones.

— ¡Jesús! ¡qué horror! exclamó Veratrina tapándose la cara para reírse. Es necesario, añadió después fingiendo que lloraba, pedir por la conversión de ese hombre, y yo voy á empezar aplicando por él la obra de misericordia que pienso hacer hoy, si Vd., virtuosa Beatriz, la cree aceptable á los ojos de Dios.

— ¿Cuál es esa obra? preguntó Beatriz.

— Salvar á un desgraciado á quien los mundanos persiguen, y que tiene un hijo muy honrado. El capellán me ha dicho que en esta casa hay un cuarto secreto, donde el perseguido puede refugiarse.

— ¡El capellán! exclamó Beatriz con acento y cara de aflicción. El capellán ya no me habla sobre la virtud: me tiene aborrecida... me desprecia desde que una hija más virtuosa vino á reemplazarme en su corazón.

— No tenga Vd. cuidado, dijo Veratrina: no es que la desprecia, sino que ha creído que yo tengo más necesidad de ser obligada á practicar esas virtudes que ya usted sabe demasiado. Sin embargo, continuó: el capellán no quiere que esto se haga sin consentimiento de usted y de doña Gonzaga. Yo casi he contado con el de ambas; porque ya Vd. ve, Beatriz, que bien considerado, esto no tiene remedio. Nosotros somos personas eclesiásticas como lo dicen demasiado nuestros hábitos; y siendo el perseguido un hombre á quien, si no salvamos, amenaza el patíbulo, he oído decir que los eclesiásticos quedan irregulares cuando rehusan evitar la muerte pudiendo hacerlo, como nosotras podemos ahora.

— Eso es indudable, dijo Beatriz; y si llegáramos á quedar irregulares no nos dejarían profesar de monjas,

y por consiguiente no cantábamos maitines ni oficiábamos las misas, lo que sería el más grande de nuestros males y el más severo castigo de nuestros pecados. Es preciso salvar á ese hombre y yo voy á obligar á mi madre á que consienta en ello.

Beatriz salió en efecto para ir á hablar con doña Gonzaga á quien ya había preparado Veratrina.

Está se quedó escribiéndole á Monterilla en el sentido de que podía traer á don Adolfo esa tarde, para que tomase posesión de su escondite.

Beatriz tardó algunos momentos en volver á dar cuenta de que doña Gonzaga quedaba de acuerdo en todo, por lo que asomándose á la ventana con mucho disimulo, envió la carta á su destino y procedió luego en compañía de Beatriz á desocupar la alacena para abrir el cuarto y preparárselo debidamente al nuevo morador que debía honrarlo tal vez por mucho tiempo.

Fué muy larga la tarea de perfeccionar el arreglo de este cuarto abandonado hacia largos años; de modo que muy poco tiempo después de concluida semejante tarea, se presentó en la casa Monterilla acompañado de un clérigo.

Veratrina misma quedó sorprendida de la visita, hasta que pudo persuadirse de que el tal clérigo era don Adolfo, que á favor de este disfraz y muy bien embozado en el manto, había atravesado con absoluta seguridad las calles que tuvo que andar hasta la casa de doña Gonzaga.

Cuando Beatriz vio que era nada menos un sacerdote el que iban á proteger, se llenó de un gozo extraordinario: fijaba con frecuencia los ojos en Veratrina, contemplaba su risueño semblante y admiraba su privilegiada virtud y los favores señalados que Dios le dispensaba, eligiéndola para dar hospitalidad y socorro á un ministro del altar.

Por el contrario, Veratrina, que llevaba tres días haciendo los más heroicos esfuerzos á la seriedad, apenas podía contener la risa al ver al clérigo, que con la mayor gravedad imaginable para aquel caso, representaba su papel con suma perfección.

— ¿Con que el doctor tiene un hijo? decía Beatriz á Veratrina en el oratorio, donde ambas se retiraron, la una á pedir á Dios por la seguridad de su ministro, la otra á evitar un espectáculo muy chistoso para su genio.

— Tiene un hijo, contestó Veratrina; pero ignoro si sea hijo de confesión ó legítimo: apenas sé que tiene un hijo muy bueno y muy honrado.

— ¿Será clérigo también? preguntó Beatriz.

— Por lo menos debe ser monigote, respondió Veratrina. No lo conozco; pero es muy probable que venga á ver á su padre algunas veces, y así lo conoceremos ambas.

— Y si nos gusta, Veratrina, ¿no le tendremos mucha vergüenza?

— Ahí nos iremos acostumbrando poco á poco, contestó Veratrina sin poder contener la risa al oír las necesidades de Beatriz.

— ¿Es decir, prosiguió esta, que vamos á tener una vida muy agitada durante todo este tiempo?

— Así lo creo... Pero callémonos y pongámonos de rodillas, que el doctor viene seguramente á rezar su oficio.

En efecto, el clérigo, como si estuviera en su casa rodeado de seguridades, entró con Monterilla al oratorio y se puso á rezar una estación, con el fin de lograr á favor del papel de clérigo devoto, un tratamiento mejor entre aquella familia.

Concluido este acto hecho en apariencia para dar gracias á Dios por el asilo que le proporcionaba, el clérigo tomó posesión de su escondite, y Monterilla se fué muy satisfecho de haberlo dejado en tan plena y cómoda seguridad; pero bastante inquieto por el apuro en que se hallaba la compañía con la persecución del doctor Témis.

En la junta de aquella mañana la Daifa había mostrado grande encono contra Monterilla por la condenación del Mordedor, y reclamado con la mayor energía que se redoblasen los esfuerzos para salvarlo.

Cuando Monterilla llegó á su casa encontró además un papel del mismo Mordedor, amenazándolo de un modo muy perentorio, si como había ofrecido, no lo salvaba de su proceso, y dejaba que llegase á ser, según parecía, víctima de la justicia.

Monterilla con esto se fué poseyendo de una inquietud extrema, al ver, por otra parte, que ya no era posible contar con el doctor Témis, quien lejos de favorecer á su cliente se había convertido en enemigo implacable de toda la compañía: que ya no restaba sino la última instancia en la causa, y aun nada se había hecho para darle un aspecto conveniente; que su ingenio no le alumbraba arbitrio alguno en la defensa, ni modo de escapar á la venganza del Mordedor.

— ¿Qué haré? decía entre sí, paseando en el cuarto. No hay remedio: estoy perdido; no puedo defender al Mordedor. ¿Qué debo hacer? Estudiar el punto. ¿Pero en qué libro lo estudio? ¿dónde está ese punto? en el código penal... ahí no he visto otro punto para el presente caso, sino la pena que debe imponerse á mi defendido; y el punto de que ahora se trata es precisamente el que lo libre de ella, y ese no me es posible encontrarlo.

XIII.

EL REGISTRO.

Mientras Monterilla pasó algunos días tratando de

hacer el estudio del punto, don Adolfo en la casa de doña Gonzaga se divertía en improvisar divertidas pláticas á Veratrina y á Beatriz, en tanto que esta acababa de arreglar sus cosas para irse al convento, y aquella, sumamente triste, extrañaba que Santiago no hubiese concurrido á la cita que habían acordado en noches anteriores.

Un día al estar don Adolfo en lo mejor de una de sus pláticas, se presentó la policía á buscarlo, á consecuencia de informes suministrados por el doctor Témis, quien había logrado adquirirlos en virtud de las diligencias activas que practicaba para descubrirlo.

Inmediatamente que don Adolfo sintió á la policía en la casa, corrió á la alacena, y mientras se hacía el registro por las piezas principales, Veratrina la cerró con llave, y él colocó por dentro las tablas, en las que se habían pegado con mucho esmero varios trastos propios de aquel lugar, que contribuían no poco á disfrazar la puerta secreta que don Adolfo tuvo tiempo de asegurar perfectamente.

Los agentes de la policía registraron en vano con cuidado minucioso, salas, aposentos y oratorio: unos examinaban cuantos muebles encontraban á su paso, mientras otros, estirándose miraban los umbralados y los techos, como esperando ver á través de ellos al escondido.

No faltó quien con la punta de los dedos descascarase el blanquimiento ó despegase las juntas del empapelado, queriendo por fuerza encontrar alguna puerta ó alacena construidas con artificios.

No faltaba por registrar sino el horno y la alacena lo que bien pronto se hizo; mas ni en una ni en otra parte hallaron al escondido.

Recorrieron el jardín y buscaron en todos sus rincones que estaban cubiertos de matorral, y casi hoja por hoja examinaron los árboles de uno en uno.

— Sin embargo, decía el jefe de la policía dirigiéndose á Beatriz y á Veratrina que lo seguían; ese hombre debe estar aquí, pues se sabe con evidencia que en esta casa lo han ocultado Vd., el capellán y Monterilla.

— No, señor, decía Beatriz; eso es falso; aquí no se ha ocultado ningún hombre.

— ¿Usted también lo niega, preguntó el jefe á Veratrina.

— Por supuesto, señor, contestó ella.

— ¿Y así se atreve á mentir una señorita tan religiosa y timorata? ¿puede de tal suerte resolverse con tanta sangre fría á engañar á la justicia?

— No, señor: Vd. es el que se engaña respecto á mí, contestó Veratrina eludiendo la respuesta por medio de de una burla: yo no tengo más sangre de la que necesito, ni ella está más fría ni más caliente de lo que es menester.

— Quiero decir, repuso el jefe sonriéndose, que usted con impavidez comete el delito de engañar á la justicia.

— No la engaña, contestó Beatriz con imperturbable serenidad: aquí no se ha ocultado á ningún hombre; y la prueba de que así es la verdad, está en que yo lo digo sin escrúpulo de conciencia, mientras que si fuese cierto, no me atrevería á gravar mi alma con uno de los pecados más horribles.

— Es que no para solo en eso, dijo el jefe: no se trata únicamente de un pecado cometido con esa mentira; se trata de un delito que Vds. están ejecutando al encubrir á un criminal. Y les advierto, por tanto, que se exponen á una pena muy severa, que nada tiene de espiritual, si no lo ponen ahora mismo en manos de la justicia, que formal y solemnemente les intima por medio de uno de sus agentes, pongan á su disposición en el acto al reo que Vds. ocultan violando evidentemente las leyes.

— No, señor, sostuvo Beatriz; aquí no se ha ocultado ningún hombre, y nosotras estamos prontas á exponerlo bajo juramento.

— No es necesario eso, dijo el jefe; lo que se necesita es registrar de nuevo y con mayor cuidado. Vamos para adentro, continuó diciendo á Veratrina; y tenga usted la bondad de volver á abrirnos la alacena.

Veratrina obedeció aparentando tranquilidad y paciencia, á pesar de sentirse en extremo alarmada con este nuevo registro.

El jefe y sus compañeros examinaron muy despacio la alacena otra vez, mirando por todos lados arriba y abajo.

Fácilmente conocieron entonces que las botellas y platos estaban pegados contra las tablas, lo que les llamó mucho la atención, infiriendo que la alacena cubría indudablemente una puerta secreta, acerca de lo cual reconviniéron á Veratrina al mismo tiempo que con grande esfuerzo empujaban las tablas del respaldo para abrir el nicho que allí suponían sin la menor duda.

Veratrina angustiada infinitamente, procuró satisfacerlos respecto de los trastos, haciéndoles creer que estaban pegados á las tablas solo por precaución para evitar se rompiesen los vidrios por el atolondramiento de los criados.

El jefe á pesar de esa excusa siguió empujando la puerta cuanto pudo, pero inútilmente, pues don Adolfo había corrido muy bien todas las fallebas que aseguraban por dentro aquella puerta, que era de una hoja sola y cuyos goznes y cerradura quedaban perfectamente ocultos tras las batientes; además era tan gruesa la tabla, que de nada servía empujarla, porque ni aun se movía, y habría sido preciso para abrirla, tener seguridad de que era una puerta y franquearla por fuerza. Así fué que á pesar de las fundadas sospechas de que estaban penetrados tuvieron que volver á cerrar la alacena y

seguir buscando otra vez con sumo esmero por toda la casa.

Al fin de diligencia tan vana, la policía se vió obligada á irse, no obstante la seguridad que llevaba de que don Adolfo quedaba burlándose de ella en aquella casa. Con todo, segun las instrucciones del doctor Témis, se situó desde aquel momento un espía por la calle, para que observando si el delincuente salía, lo siguiese, y diera pronto aviso del lugar en que se ocultase nuevamente.

Mas semejante precaucion quedó en el acto anulada, porque la mujer que vivía en la tienda del frente, notó el espionaje, y dió aviso al momento en la casa, para que estuviesen prevenidos.

Cuando pasó el peligro, Veratrina corrió á abrir la alacena, y noticiar á don Adolfo de que ya no habia riesgo, pero que debía advertir lo espían en la calle, y era menester mucho cuidado.

Todavía no quería él salir, y aun rogaba á Veratrina no abriese la alacena; mas Beatriz, que la acompañaba, le instó que saliera á continuar el sermón pendiente.

Mientras don Adolfo abría la puerta y quitaba las tablas, descolorido de miedo y temblando como un azogado, Veratrina y Beatriz se felicitaban del buen éxito de su ocultacion.

— ¿Pero cómo se atrevió Vd. á mentir tanto y con tan rara habilidad? le preguntaba Veratrina.

— ¿Mentir yo? exclamó Beatriz muy seria. ¡Imposible! ¿Cómo habria de cometer tan feo pecado?

— Persuadida estaba, dijo Veratrina con gracia, de que don Adolfo se ocultaba en esta casa; y hasta ahora he venido á saber que no habia tal cosa. Sin embargo, todavía puedo jurar que estoy viéndolo salir de ese escondrijo con el semblante del que acaba de sufrir un susto de largos minutos.

— Eso es otra cosa, dijo Beatriz cerrando las cejas y volviendo la cara como quien se molesta de una necesidad.

— ¿Luego no aseguró Vd. que don Adolfo no estaba oculto aquí?

— No, Veratrina; no he asegurado eso. Lo único que dije fué que en el jardín, donde yo estaba parada entonces, no habia ningun hombre oculto, lo que era muy cierto, pues además de que don Adolfo donde estaba era tras de la alacena, don Adolfo no es hombre...

— ¿Cómo que no lo soy? gritó este saliendo del escondite. ¿Con que yo no soy un hombre en concepto de la señorita Beatriz?...

— No, señor: Vd. es un eclesiástico; y así como nosotros por virtud de nuestros hábitos, no somos ya mujeres, Vd., por su sotana, tampoco es hombre.

— Eso es otra cosa, dijo don Adolfo: sin embargo, me parece con razon que, gracias á Dios, no he perdido mi sexo todavía, y que Vds. conservan el suyo.

— No, señor, dijo Beatriz, nosotras ya casi somos monjas completas.

— Vamos, dijo Veratrina, á dar gracias á Dios por habernos librado de un trabajo, y á que don Adolfo concluya el sermón, que me iba edificando admirablemente.

— No, dijo este: conversemos mientras me pasa el susto, para poder levantar despues con valor el corazón á Dios, y predicar en tono sostenido.

— ¿Ha tenido Vd. de veras mucho susto? preguntó Veratrina.

— Admirable, contestó don Adolfo; me he quedado atónito de verme temblar como un cobarde debajo de mi sotana. Todavía me parece que estoy en peligro, y querría que vieses no se haya quedado alguno de esos alguaciles escondido por ahí tras de alguna puerta.

— No tenga Vd. cuidado, dijo Beatriz; todos se fueron, y creo que no volverán.

— Que me diga lo mismo Veratrina, pues á fe que para entenderla á Vd., señorita, se necesita haber uno perdido completamente su sexo.

— Sí, no hay cuidado, añadió Veratrina.

— Miren Vds. que esta alacena vale un reino, dijo don Adolfo limpiándose la sotana.

— Sin duda, repuso Veratrina; el escondite no puede ser mejor, cuando ha resistido á la maldita tentacion que tenia el jefe de la policía...

— No diga esa palabra, interrumpió Beatriz escandalizada; que esa es una maldición.

— ¡Es verdad! dijo Veratrina echándose cruces en la boca, mientras don Adolfo, con cara hipócrita, se las echaba en las orejas.

— Pero á mí me parecia que empujaban, continuó este.

— ¡Oh! ese jefe es terrible, contestó Veratrina; yo creí que por fin tumbaba la puerta.

— ¿Luego empujó de veras?

— Y con un ímpetu terrible.

— ¡Al diablo! dijo el clérigo dando un salto. Yo creí que fuera aprension de mis nervios sagrados: si hubiera sabido que era cierto, me habria desmayado.

— No hay mas sino que en otra ocasion Vd. atranque muy bien.

— Mas con todo... si vuelven esos bribones me voy á morir de angustia.

— No volverán, dijo Beatriz; nosotras vamos á rezar para evitar el que vuelvan.

— Sí, recen Vds., que yo procuraré cerrar la puerta como corresponde al caso.

En esto estaban cuando entró el capellan á ver á doña Gonzaga. Beatriz salió á recibirlo y le condujo al cuarto de su madre, que no pudiendo todavía caminar, pasaba el día sentada en una silla.

El capellan iba precisamente á advertir que ya todo estaba arreglado para el mongío de Beatriz, y que esta

debía por tanto irse al convento de allí á dos dias.

Doña Gonzaga recibió con sumo pesar semejante anuncio, no obstante estar preparada á él hacia mucho tiempo. Beatriz, por el contrario, mostró gran placer de saber que al fin iba á llenar completamente los deseos de su capellan.

Este por su parte supo la visita que acababan de recibir de la policía; y deseando felicitar por el resultado al otro doctor, pidió lo condujesen donde estaba, lo que hizo Beatriz, no con mucha satisfaccion para don Adolfo, que iba á sostener una situacion bien embarazosa, á pesar de que el capellan lo sabia todo, habiéndosele dado á entender que aquel escondido era un clérigo de otro obispado, á quien perseguian tenazmente por sus opiniones y comprometimientos políticos.

Mientras el capellan se quedó hablando con don Adolfo sobre el fuero eclesiástico, Beatriz y Veratrina se retiraron al oratorio á encomendarlos á Dios.

— De aquí á dos dias nos separaremos, decia Beatriz; yo comenzaré un género de vida sublime y santo, del que no me creo digna, y cuyas grandezas me tienen llena de confusion y anonadamiento.

— Y entre tanto, contestó Veratrina, deja Vd. á su pobre madre, enferma y valetudinaria, en el mayor abandono y desamparo; por cierto que el género de vida que la infeliz llevará, tambien va á tener su poco de sublimidad.

— ¡Qué remedio!

— Ahora, dijo Veratrina burlándose pero fingiendo llorar, ¿qué va á ser de mí, si mientras la sigo, me quita Dios este escudo que me defendia contra las malas tentaciones?

— Es preciso, Veratrina; Dios le conservará su gracia, tanto mas, cuanto que esta separacion no será sino por algunos dias, pues Vd., mediante Dios, me seguirá bien pronto, ¿no es cierto, hermana?

— Sin duda; bien pronto estaré llevando esa vida sublime, en el mismo convento, quizá en la misma celda. Pero con todo, esta esperanza no calma mi pesadumbre. ¡Dejarme Vd. sola! ¡no volver á vernos diariamente como hasta ahora!... ¡Perder mientras entro al convento algunos dias de vida sublime! ¡Oh! esta es mucha desventura.

— Tranquilizese Vd., contrita Veratrina: este sacrificio que ambas ofrecemos á Dios, será aceptable á sus ojos...

— ¿Con que al fin, dijo Veratrina cambiando súbitamente de tono; don Félix no es un santo, sino un demonio?

— Por lo menos, segun el capellan, es un pecador de quien el demonio se vale para demorar mi entrada á las monjas.

— ¡Caramba! ¡que Vd. tiene unos amantes!...

— Le suplico, Veratrina, que recemos mucho por él, para que el alma de ese impío vuelva al camino de la salvacion.

— No dejaré de rezar, contestó Veratrina, hasta que don Félix se haga fraile. Pero entre tanto, continuó poniéndose seria, permítame que le recuerde algunas cosas, para que su entrada al convento no se funde en ningun olvido. Doña Gonzaga está muy pobre, y Vd. es la única que con su trabajo puede sostenerla: la pension que hoy pagan por mí, es una cosa pasajera que no alcanzará á durar un mes: esa señora está enferma, y bien pronto no habrá quien pueda asistirle... en fin, hay mil consideraciones por las que Vd. no deberia entrar al convento, á pesar de que me parece que no nació para otra cosa, y que en nada mas acertado puede emplearse su existencia; pero no todavía.

— ¡Veratrina! exclamó Beatriz, me pone Vd. en la necesidad de no darle oídos, porque así me lo ha prevenido el capellan, advirtiéndome estar, segun cierto concilio, excomulgada la persona que disuade á una mujer de la intencion de ser monja; confíesese Vd. pues mañana de este pecado que acaba de cometer, y que aquí, entre nosotras con mucha aficcion de mi espíritu, le digo que es un *pecado reservado*; yo por mi parte oraré por usted esta noche misma, para que Dios le vuelva su gracia.

— Bien, dijo Veratrina; no sabia yo tantos cánones, y siento mucho no continuar aprendiéndolos.

— En el convento, Veratrina: allá aprenderemos pronto latin y teología.

En este momento doña Gonzaga llamó á Beatriz, y Veratrina se quedó sola pensando en la diferencia que realmente habia, juzgando con imparcialidad entre ella y la futura monja.

— Yo soy muy mala, decia, porque mi madre lo fué, y no he tenido á la vista sino ejemplos de vicio y perversidad. Soy mala porque ese es mi carácter y no he recibido educacion; pero á lo menos no soy una necia rematada como esta boba. ¡Qué virtudes! Si la santidad no es otra cosa que lo que se practica en esta casa, prefiero el vicio porque con él siquiera no me engaño á mí misma, ni engaño á la sociedad. Beatriz que es una embustera, tonta, perjura y egoista, sin mas virtudes que su rezo sempiterno, está creyendo ser una santa, censora del mundo entero, mientras que todos los demás en su concepto son unos impíos y pecadores pre-citos. ¡Qué mala hija! ¡Ah! si yo tuviera una madre como doña Gonzaga ¿cuándo podria abandonarla? ¡Imposible! ¡Infeliz señora! Dentro de poco las tunantadas de mi padre se acabarán; yo dejaré esta casa; y entonces ¿qué será de esa enferma miserable y anciana? ¿con qué subsistirá? ¿quién podrá siquiera responderle cuando llame y pida auxilio en el rigor de sus dolencias? ¡Ah capellan, qué maestro de virtudes!... Pero en fin ¿qué me importa eso? Solo Santiago me inte-

resa: pero ha desaparecido, no me ama, y tal vez solo me trató por interés de su carta, por el amor á la Cisne... ¡Ah! ¡pobre mujer! La he deshonrado, he perpetrado un crimen espantoso, lo conozco por mis remordimientos. Nunca habia yo cometido sino faltas disculpables en una mujer del vulgo; pero en esta vez he cometido un delito, no de mujer débil, sino de criminal envejecido. ¿Y qué he ganado con eso? Santiago no puede amarme, ni yo puedo jamás intentar sin audacia el proyecto de ser esposa suya. Eso es imposible: solo me contentaria con que me amara; con que me tratara con cariño, con que se dejara ver de mí. Esto quizá lo habria yo conseguido mas bien, si en su concepto poseyera alguna virtud, algun mérito por pequeño que fuese. ¿Pero perder á una mujer?... enganar á un hombre tan bueno?... No: eso excede mi capacidad como mujer, y aun como perversa... no: es imposible. Beatriz me indigna cuando veo sus vicios como hija: yo debo indignar cuando se sepan mis maldades como amante. ¿Engañar Veratrina vilmente á un hombre tan leal, tan franco y generoso?... Eso es execrable. Si mi delito fuera solo contra una mujer; ya... seria disimulable, porque las mujeres me desprecian y me infaman; pero es contra un hombre; y los hombres han visto mis faltas con indulgencia; me han amado, me han obsequiado y complacido; sus miradas se fijan siempre en mí con expresion halagüeña, y eso basta para que ese sexo merezca la generosidad de la mujer que él perdona. No: si quiera ejecutaré una buena accion. Debo restituir el honor que quité y que para nada puede servirme; debo recobrar la estimacion de un hombre que amo y cuyas relaciones deseo conservar. El agradecerá mi sacrificio, y cuando sepa quién soy, le daré el gusto de que se congratule con la idea de que por su nobleza sola arrancó á Veratrina una accion de virtud. Sí; vea Santiago que soy mejor que Beatriz, pues el día que ella va á abandonar á su madre, yo restituyo la fama que empañé.

Veratrina se sentó á la mesa y escribió una carta para la Cisne, en que pedia el perdon por la intriga que se habia tramado contra ella, y se la explicaba para que ese documento le sirviese de satisfaccion y publicase sus virtudes.

Como el convento á que debia entrar Beatriz, era tambien el de Santa Ines, Veratrina guardó la carta para enviársela á la Cisne con esta jóven, mandándole á decir que Santiago podia dirigirse á la casa de doña Gonzaga con el objeto de persuadirse de la autenticidad de esta nueva carta, y oír de la propia boca de Veratrina la explicacion de la calumnia.

XIV.

EL CONSEJO.

Mientras mas estudiaba Monterilla el punto, menos podia aprender, y lejos de encontrar medio alguno de salvar al Mordedor, solo hallaba multiplicados apoyos para una condenacion; de tal modo que le provocaba ser mas bien el acusador del procesado, bajo cuyo carácter aparecia el punto tan rico de sólidos fundamentos, que debia ser mas angustiosa la situacion del defensor al tener que rebatirlos, y echar por tierra aquel cúmulo tan prodigioso de leyes y razones que se levantaban contra el defendido.

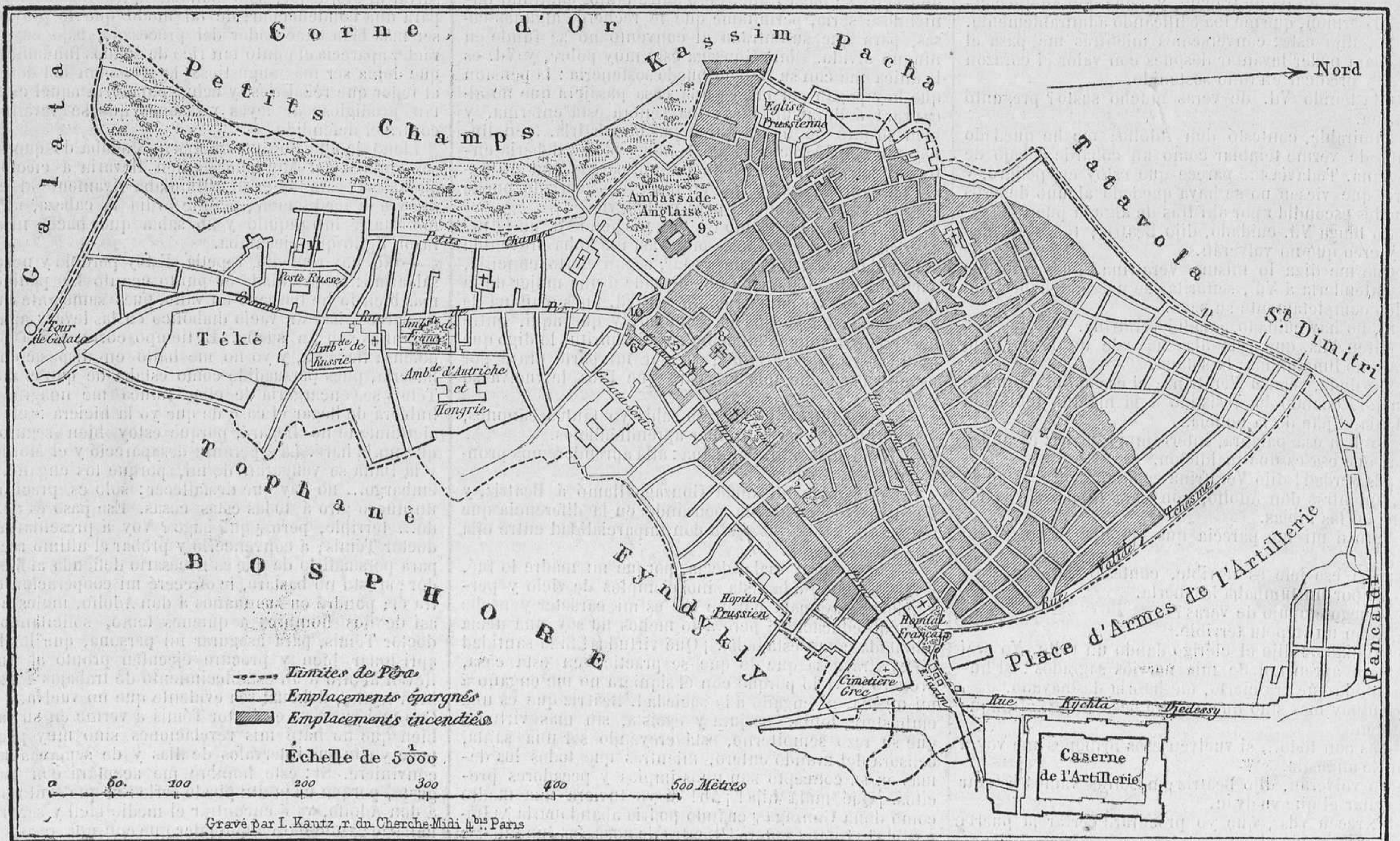
Lleno de aficcion y zozobras no dudaba de que iba á ser víctima del Mordedor, quien llevaria á efecto sus amenazas: este temor lo estimulaba vivamente al estudio y á la meditacion; pero le ardia la cabeza; su ánimo estaba intranquilo y no sabia qué hacer ni daba razon de lo que ejecutaba.

— No hay remedio, repetia. Estoy perdido y necesito salvarme: he estudiado el punto cuanto he podido, ó mas bien lo he buscado en vano, pues semejante punto no parece, hay un vacío diabólico en las leyes: aquí las garantías son un sueño. El tiempo corre, el día de la defensa llega ya, y yo no me hallo en disposicion de hacerla, pues persuadido como estaba de que el doctor Témis se encargaria de ella, nunca me imaginé que hubiera de llegar el caso de que yo la hiciera: el cual ciertamente no llegará, porque estoy bien seguro de que no la haré. La esperanza desapareció y el Mordedor y la Daifa se vengarán de mí, porque los engañé. Sin embargo... no hay que desfallecer: solo es preciso dar un nuevo giro á todas estas cosas. Ese paso es delicado... terrible, pero ¿qué hago? Voy á presentarme al doctor Témis; á convencerlo y probar el último recurso para persuadirlo de que es necesario defienda al Mordedor; si esto no bastare, le ofreceré mi cooperacion contra él; pondré en sus manos á don Adolfo, me escaparé así de dos hombres á quienes temo, solicitando del doctor Témis, para asegurar mi persona, que los haga aprisionar bien y procure ejecuten pronto al uno y lleven al otro á un establecimiento de trabajos forzados bien lejano, del cual sea evidente que no vuelva. ¡Oh! Con qué gusto va el doctor Témis á verme en su favor, bien que no haré mis revelaciones sino muy poco á poco y con sus intervalos de dias y de semanas segun convinieren. Sí: este hombre me aceptará con mucho gusto, porque cuán útil puedo serle: él que tanto busca á don Adolfo, va á encontrar el medio fácil y seguro de hallarlo; yo le daré á entender que con una recompensa, no se me dificultará dar con él, y así de todos modos la ganancia se logra. No hay duda: es necesario variar de planes; primero yo que todo el mundo. No vacilo mas: ahora mismo me voy: puede ser que el día acabe para mí con mas tranquilidad.

(Se continuará.)



El incendio de Constantinopla. — El palacio de la embajada de Inglaterra, presa de las llamas.



Plano del barrio de Pera. — Teatro del incendio.

1. Punto donde empezó el fuego. — 2. Mezquita de Agha Djami. — 3. Iglesia del arzobispado armenio-católico. — 4. Iglesia de San Juan Crisóstomo. — 5. Legacion de Italia. — 6. Cuerpo de guardia de Galata-Serai. — 7. Consulado de América. — 8. Iglesia armenia ortodoxa. — 9. Palacio de Inglaterra. — 10. Casa Adreas Agha.



PARIS. — La policía asaltando una casa de juego.



Entrada de la policía en la sala de juego.

El juego clandestino en Paris.

La policia acaba de sorprender una casa de juego en circunstancias verdaderamente extraordinarias. Habia en la calle Saint-André-des-Arts, nº 41, un garito organizado de tal modo, que para sorprender á los jugadores con el cuerpo del delito, era preciso penetrar en la sala por la ventana. Así, pues, la policia de los juegos, que corre á cargo de M. Berillon, comisario de policia en el palacio de Justicia, se encontró en la necesidad de dar el asalto que representamos.

El martes 21 de junio á las cinco de la tarde, unos hombres con blusas blancas que venian de diferentes lados y traian largas escaleras como los albañiles, se acercaron de repente á una casa situada en la esquina de la calle del Eperon, y habiendo aplicado con presion aquellas escaleras á la pared, los hombres de las blusas, subieron rápidamente á dar el asalto. En un instante abrieron las ventanas y los agentes de la policia penetraron en una sala situada en el piso principal, donde se hallaba el juego clandestino.

La expedicion mandada por M. Berillon, auxiliado por M. Boudeville, oficial de paz de la atribucion de los juegos, tuvo un éxito completo. Los agentes de la autoridad sorprendieron á los jugadores antes de que hubieran podido hacer desaparecer los naipes y las apuestas. La puerta estaba atrancada por dentro, y los jugadores se creian seguros; pero el susto que llevaron fué tan grande, que algunos de ellos se desmayaron como mujeres; embargaron las apuestas y los muebles, y tambien hicieron dos prisiones.

La reunion era numerosa, y se componia de estafadores conocidos y de jóvenes estudiantes, sus ordinarias víctimas. Al cabo de tantas revelaciones como ya se han hecho sobre las casas de juego y los jugadores, parece mentira que jóvenes instruidos caigan en tales lazos, de los cuales deberian huir como de la peste. H. V.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 911.)

M. José Little era un modesto maestro cuchillero que habia comenzado por ser obrero, pero que aun sabia cuando se necesitaba poner manos á la obra.

M. Raby se enderezó con soberbia ante aquella intervencion.

Muy luego corrió la noticia de que M. James Little habia muerto insolvente.

Las novecientas libras esterlinas habian quedado sumergidas en el naufragio.

M. Raby dejó tiempo á su hermana para que se penetrara de esta verdad, y luego un dia los sentimientos de le naturaleza se apoderaron de tal modo de su corazon, que escribió á Mrs. Little una carta amistosa que principiaba así:

« Mi pobre Edith, olvidemos lo pasado... »

Y la convidaba á que se fuese á vivir con él, acompañada de su hijo.

La inconsolable viuda le envió una respuesta cuya letra era apenas legible, y decia:

« No me escribais mas, no me hableis mas. Por piedad, dejadme que olvide que hay en el mundo un hombre que es mi hermano y el asesino de mi esposo.

EDITH. »

Guy abrió la carta con el rostro radiante de esperanza, y se puso pálido como la muerte al leerla.

Pero su conciencia no le remordia.

— ¡Pobre mujer! murmuró.

Y guardó la carta en su escritorio.

Al otro dia recibió de M. José Little una carta cuya escritura era diferente.

Decia así:

« Muy señor mio: Sé que mi cuñada os ha escrito ayer una carta cuyo contenido no apruebo. El difunto habia hecho muy malos negocios y no culpo á nadie por su accion irreflexiva. ¡Que Dios le haya perdonado! En cuanto á vuestra benévola y generosa invitacion, merece toda la gratitud de Mrs. Little. Pero ahora que hemos confundido nuestras lágrimas sobre la tumba de mi pobre hermano, no podemos decidirnos á separarnos. Antes que conociéramos vuestra honrosa proposicion, se convino en que Mrs. Little vendria á gobernar mi casa en Birmingham, en donde será tratada con todos los miramientos que le son debidos. No soy mas que un humilde comerciante; pero puedo pagar mis deudas y atender á las necesidades domésticas. Enseñaré á mi sobrino un oficio, y si Dios lo quiere, creo será un hombre útil.

Vuestro afectísimo,

JOSÉ LITTLE. »

Contestacion:

« Muy señor mio: Os acuso recibo de vuestra carta y os doy gracias por ella.

» Como han cesado ya las relaciones directas entre Mrs. Little y yo, tendreis la bondad de enviarme las señas de vuestra casa á fin de que cada semestre recibais la corta suma que se ha salvado del naufragio.

» Cuando su hijo sea mayor, ella me perdonará probablemente que me haya negado á despojarle de su patrimonio.

» Pero entonces será tarde, pues yo no la perdonaré nunca muerto ó vivo.

Vuestro afectísimo,

GUY RABY. »

Cuando mandó esta carta, volvió el retrato de Edith hácia la pared y escribió en el lienzo:

Entró en la industria.

Se vió con su notario, cambió su testamento y dejó sus tierras, casas y cuanto poseia al disoluto Dick y á sus herederos inclusivamente.

III.

EL BUEN HIJO.

La triste viuda queria tanto á Enrique y se hallaba tan vivamente penetrada de la incertidumbre de la vida, que apenas podia resolverse á perderle de vista.

Y sin embargo, su amor materno no tenia nada de pueril y egoista. Es cierto que no envió á Enrique á la escuela por temor de que se le trajeran muerto un dia ú otro; pero se consagró enteramente á su educacion. No carecia de los requisitos necesarios para esta tarea. Si poseia menos conocimientos que los maestros, en cambio era mas capaz de comunicar lo que sabia á una joven inteligencia. Enseñó pues, á Enrique á leer y escribir, y supo facilitarle, como solo una mujer puede hacerlo, los áridos elementos de la música y la aritmética. Tambien le enseñó á bailar, á tener buenos modales y á coser un boton cuando era necesario. El niño comprendia con prontitud notable la mayor parte de las cosas que le enseñaban; pero cuando hubo cumplido catorce años reveló una verdadera vocacion para la escultura en madera, y su tio José Little fomentó estas disposiciones.

El joven trabajó, reflexionó y adquirió con el tiempo tal delicadeza de ejecucion, que no le satisfacian los toscos instrumentos que se usaban para su trabajo.

— Pues hacedlos vos mismo, hijo mio, exclamó alegremente José Little.

Y de este modo le inició en los misterios de su oficio y le hizo forjar, afilar, cortar mangos y templar hojas.

Enrique, joven y entusiasta, puso manos á la obra con ardor.

A veinte años habia ya vendido muchas piezas finamente esculpidas y fabricaba herramientas para grabar y cincelar, infinitamente superiores á todas las conocidas. Era en razon á su edad, un mecánico consumado.

Por aquel tiempo murió José Little.

La madre y el hijo le lloraron durante largo tiempo.

A instancias de Enrique, Edith dispuso del material de la cuchilleria y fué á establecerse con él en Lóndres.

Entonces comenzó la batalla de la vida.

El joven estuvo mucho tiempo sin trabajo, y la madre y el hijo vivieron con las escasas rentas de la madre.

Pero no por esto Enrique se hallaba ocioso.

Organizó una pequeña fragua en las inmediaciones, y allí trabajaba todo el dia. Por la noche se ocupaba en hacer esculturas, en tanto que su madre leia.

A veces exclamaba:

— Madre mia, no quiero descansar hasta que haya logrado reproducir el atreopelado de una ciruela.

Diremos para abreviar, que no solo adquirió gran fama como escultor en madera, sino que tambien se hizo tan superior en la invencion de herramientas para esculpir, que no tuvo rival en Inglaterra.

Despues de haber terminado una obra maestra de escultura en madera, incluidas las ciruelas con su atreopelado, y otras maravillas del mismo género, así como un surtido de herramientas para cincelar, encargó á un traficante muy conocido que expusiera en su escaparate una ancha bandeja de plata.

La cosa hizo sensacion entre la gente del oficio, y llamó á muchos curiosos al frente de la tienda.

Un dia M. Cheetham, maestro cuchillero, se detuvo atónito de asombro ante aquellos instrumentos, y pensó tomar á su servicio al obrero.

M. Cheetham era un hombre débil que se decia:

— Quiero llevarme inmediatamente á Hillsborough. No se dirá que en Lóndres haya un obrero que pueda sernos superior en nada.

Fué pues, á buscar á Enrique y le ofreció un trabajo permanente como herrero y cuchillero á razon de cuatro libras por semana.

Los ojos negros de Enrique chispearon, pero se contuvo y dijo:

— Pido reflexionarlo. Tengo que hablar á mi madre y ahora no está en casa.

Con efecto, consultó á Mrs. Little, que exclamó cruzando las manos:

— ¡Hillsborough! ¡Oh, Enrique!

Y asomaron lágrimas á sus ojos.

— No os dé cuidado, madre mia, que no aceptaré.

Por manera que cuando volvió M. Cheetham en busca de una respuesta, le dió las gracias y rehusó.

Sin embargo, el cuchillero se sonrió y ofreció seis libras por semana, comprometiéndose además á costear el viaje.

Enrique pasó al cuarto de su madre y comenzó á debatir la cuestion con ella.

— Madre mia, la dijo, ofrece seis libras por semana, y en conciencia me paga muy bien; cuando tenga un aprendiz tendremos nueve.

— ¡Ah! ¡Solo la vista de esos lugares!... exclamó Mrs. Little ocultándose instintivamente el rostro con las manos.

Enrique la dió un abrazo y la suplicó que tuviera ánimo.

No podia negarle nada, y así fué que acabó por consentir; pero esta determinacion la arrancó lágrimas secretas.

Confiado en su saber Enrique, estaba gozoso de su viaje.

— Muchos obreros han hecho fortuna en Hillsborough, decia. Recuerdo haber oido al tio José que el mismo M. Cheetham afilaba sierras hace diez años. Madria mia, sereis muy dichosa; yo os instalaré en una bonita casa, lejos del humo, y nos levantaremos en la misma ciudad donde hemos caido y en presencia de nuestros amigos y enemigos.

M. Cheetham compró los objetos esculpidos y las herramientas á fin de exponerlos en Hillsborough; y salvo la comision, entregaron á Enrique el dinero, del cual pudo dar 30 libras á su madre.

La ayudó á hacer los preparativos de la marcha y al otro dia llegaron Hillsborough por el camino de hierro.

Enrique tomó un coche y llevó á su madre á los arrabales en busca de una casa.

Mrs. Little lleva un velo espeso y apoyaba su cabeza en el hombro de su hijo, teniendo la mano del joven entre sus dedos, que temblaban un poco cuando atravesó ciertas calles conocidas.

Enrique experimentaba la alegría del triunfo.

— Vamos, valor, madre mia. Todo el mundo os ha olvidado ya, y cuando vuelvan á veros, estareis al nivel de los principales de ellos. Yo soy sobrio; soy solo en un ramo de industria, y prefiero hacer mi fortuna en esta ciudad que en otra. Habeis sido para mí una buena madre, por manera que yo no me casaré antes de haberos pagado como debo, y de haberos establecido como soberano en esta ciudad.

Hablaba con tan buen humor, que la pobre madre acabó por sonreirse al través de sus lágrimas, antes de que hubiesen hallado un aposento.

Al otro dia Enrique estaba ya en la fábrica, donde el contra maestre le mostró una pequeña fragua en el piso bajo, con un cuarto encima para arreglar sus mangos y sus instrumentos: los obreros de una clase inferior debian acabar y afilar las hojas.

Un afilador de oido fino se llegó á ellos y dijo con voz brusca:

— ¿No inauguramos la nueva fragua?

— Desean que pagueis la bebida, dijo el contra maestre.

Y luego murmuró con inquietud:

— Hacedlo, porque de otro modo serian malos compañeros.

— Muy bien, contestó Enrique; yo no bebo; pero haré lo que se acostumbra en tales casos.

— Perfectamente, dijo el contra maestre Bayne. Os costará la fiesta quince chelines; pero el sosiego vale mas de quince guineas.

Se dió la cita, y todos los obreros que trabajaban en el mismo departamento que Enrique, salieron para beber á su costa, y dejaron el trabajo durante una hora larga.

La mayor parte de ellos eran hombres toscos, que demostraron poca benevolencia y buen humor en aquel convite. Hasta hubo uno que dió á entender á Enrique que no se necesitaban en Hillsborough obreros herreros de Lóndres.

Despues de perder así su tiempo y su dinero, Enrique se volvió á la fábrica, donde un obrero le dijo con tono gruñon, que le llamaban en el despacho del contra maestre.

Allí se encontró con una hermosa joven de diez y ocho años, que le miró con mucha curiosidad y le dijo:

— ¿Sois vos quien esculpís tan maravillosamente la madera?

Enrique se sonrojó y vaciló, lo que hizo ruborizar un poco á la joven, que prosiguió diciendo:

— Desearia que me diérais algunas lecciones.

Y luego, como Enrique no respondia, se volvió hácia M. Bayne y añadió:

— ¿Quizás se niega á enseñar su arte?

— Nosotros quizás nos negariamos á que enseñase á otros obreros, dijo el contra maestre; pero, continuó dirigiéndose á Enrique, podeis dar á esta señorita algunas lecciones en los ratos que tengais desocupados. Necesitaremos una porcion de instrumentos.

— Sin duda. Hacedme el favor de ponerlos en mi coche. Y... ¿cuándo podrá empezar?...

Enrique la dijo que podria ir á su casa el sábado por la tarde ó el lunes por la mañana.

— Cuando gustéis, dijo la joven.

Y dejando su tarjeta sobre la mesa, se fué á su coche, y Enrique se quedó encantado de su gracia y belleza.

De vuelta en su casa, anunció á su madre que iba á



El establecimiento termal de Pierrefonds.

tanto que Mrs. Little le leía los periódicos, las diferentes publicaciones sobre economía política y otros artículos que podían aprovechar á un hombre para quien el « tiempo era dinero. »

Habia en Hillsborough una biblioteca libre en donde los obreros podían proporcionarse las obras nuevas á medida que se daban al público.

Así la madre y el hijo pasaban agradable y útilmente sus veladas. Enrique ensanchaba el círculo de sus conocimientos mientras ejecutaba obras de madera esculpida que se vendían muy caras en Londres.

Deseoso de abrir su corazón á su madre relativamente á Miss Carden, le dijo una noche sin más preámbulo:

- Perdió su madre cuando era muy niña.
- ¿Quién? preguntó Mrs. Little.
- Miss Carden, respondió Enrique.
- Es verdad, dijo la tierna y previsora madre; ¡ pobre chica! Lo recuerdo muy bien... ¿Mas qué os importa eso, Enrique? No os trastorneis así la cabeza, porque el trastorno podría caer al corazón. Siento mucho que la hayáis visto.

Luego se sucedieron las preguntas dictadas por una vaga inquietud materna.

Enrique las eludió lo mejor que pudo y desde entonces no volvió á pronunciar el nombre de Gracia Carden.

Y sin embargo siempre pensaba en ella. Contaba sus ganancias cada semana y preguntaba á personas competentes qué cantidad necesitaba para establecer una rueda de vapor á fin de ser amo en vez de obrero.

Por fin supo que cuando menos se necesitaban quinientas libras.

— ¡ Mucho dinero es! le dijo Enrique; pero lo tendré aun cuando deba trabajar noche y día.

Bajo este concepto fué su vida un sueño. Cuando andaba le parecía que no tocaba al suelo, y cuando trabajaba el martillo en sus manos era una pluma.

Los obstáculos se iban allanando y todo parecía posible á la juventud, á la esperanza y al amor.

Una tarde que Enrique atravesaba el patio de la fábrica después de un día de trabajo, que había pasado como una hora bajo el hechizo de la esperanza, el contra-maestre le hizo una seña misteriosa.

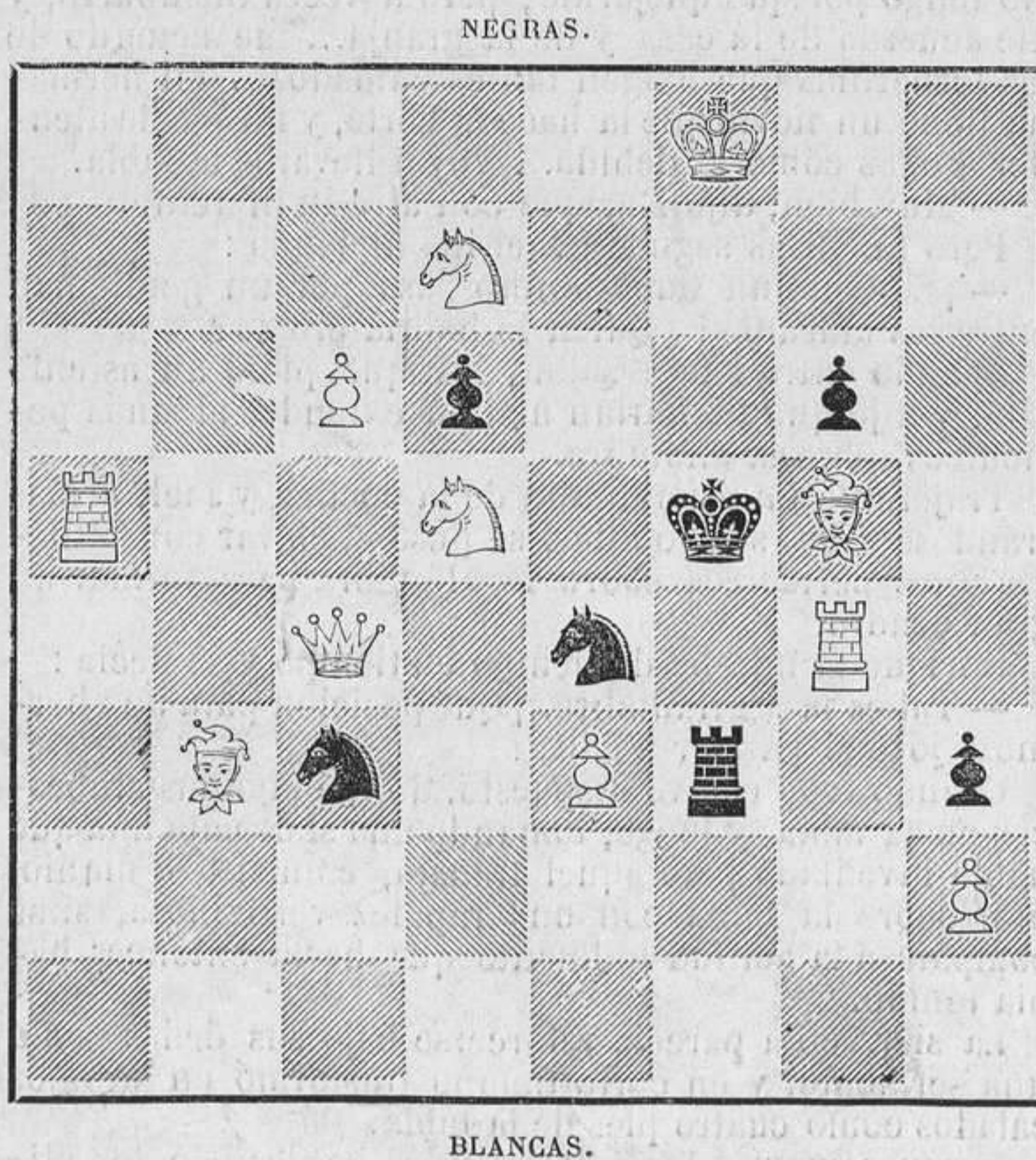
(Se continuará).

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 315.

- | | | | | | | | |
|---|----------------|----------------|----|----------------|---|----------------|-------|
| 1 | R | toma | PC | | P | toma | C |
| 2 | R ^a | 8 ^a | T | jaque | C | 3 ^a | A |
| 3 | R ^a | toma | C | jaque | R | 5 ^a | R |
| 4 | R ^a | toma | A | 5 ^a | A | jaque- | mate. |

PROBLEMA NÚMERO 316, POR M. WALTHER ENGELHARDT.



Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

Las termas de Pierrefonds.

Repetidas veces hemos hablado aquí de Pierrefonds, precioso país bien conocido por su antiguo castillo, verdadera maravilla del arte gótico, tan bien restaurado por M. Viollet-le-Duc. No lo es menos por sus aguas minerales, célebres desde la edad media, pues más de un ilustre enfermo ha recobrado la salud con esas aguas. M. Ossian Henry, una de las notabilidades de la ciencia, en su Informe á la Academia sobre las aguas sulfurosas y ferruginosas de Pierrefonds, dice que según su composición química, los elementos que las mineralizan y los buenos efectos que ya han producido, no duda que están llamadas á hacer grandes servicios á la medicina. No se extrañará pues, que por la belleza del sitio, por el interés histórico de su castillo y por la virtud curativa de sus aguas, cada año el número de visitantes que tiene Pierrefonds sea más crecido. Es un hecho que consigna en estos términos M. C. James en su *Guía práctica de las aguas minerales*: « Las personas que han visto Pierrefonds hace algunos años y que le visitan hoy se quedan atónitas con la transformación que se ha operado en el país. No hay duda que la presencia de los bañistas contribuye á esto mucho; pero también hay que tener en cuenta el celo y la inteligencia de la administración. »

Así pues, el establecimiento de las termas de Pierrefonds es ya muy próspero; pero será mucho mayor su prosperidad cuando se hayan ejecutado los proyectos de perfeccionamiento de su instalación balnearia y del confort de sus edificios que medita hoy una compañía anónima de las *Termas de Pierrefonds*, constituida bajo el patrocinio de la autoridad municipal y con el concurso de todas las notabilidades del país.

Con efecto, se trata, de mejorar las actuales construcciones del establecimiento, y de construir un hotel monumental donde puedan hospedarse doscientas familias de bañistas, con todas las comodidades de la moderna.

La compañía se propone reunir en el kursaal de Pierrefonds todas las diversiones del mundo elegante; teatro, bailes, conciertos, conferencias, etc. Además habrá carreras de caballos, carreras náuticas en el lago del establecimiento y grandes cacerías reservadas. Pierrefonds, residencia imperial, será un Baden á las puertas de París.

P. L.